

# Madre Teresa del Sagrado Corazón

«Un alma contemplativa con ansias infinitas de reparación»

POR

TEÓFILO APARICIO LÓPEZ

## I. HIJA DE ILUSTRE CUNA PERUANA

### a) *Los Castañeda y Coello*

Del Perú nos han contado que, en tiempos precolombinos, hubo un gran imperio y una gran cultura: *el imperio y la cultura incaicos*.

Fue el viejo imperio del Tahuantisuyo. Un imperio que abarcaba desde Quito, hasta Tarapacá; con sangrientos crímenes de corte; con el recuerdo mítico de los pueblos aumarás y quechuas; con la memoria del inmortal inca Huiracocha, el gran civilizador; y de Túpac Yupanqui, y de Manco Cápac; y, sobre todo, el recuerdo del luminoso Huata, fundador de la casa incaica y primer hijo del Sol; y junto a él, el dulce y amable Ayar Auca.

Al Perú llegaron luego los españoles con Francisco Pizarro y sus «Trece de la Fama». A su llegada, aún existían por las comarcas de Quito ancianos venerables que habían contemplado la formación del imperio y habían conocido a Huayna Cápac, padre de Huáscar y Athahualpa.

Por aquel entonces, todo hombre era *cosa*, o pertenencia del Inca. La célula social de aquella inmensa colmena de siervos era el *ayllu*, equivalente a nuestro término *familia*. Diez de estos *ayllus* integraban un *pachac*, o número de ciento, gobernado por el poderoso *Pachacuraca*. El hombre trabajaba para sus hijos y se lo debía todo al Inca, el hijo del Sol. Mas nadie poseía nada propiamente hablando, sino que lo tenían todo en usufructo temporal, a discreción de los *curacas*. Cada hombre trabajaba un haza de tierra llamada *tupu*; y si le nacía un hijo, recibía otro *tupu* en el año siguiente.

En esta sociedad existía una casta dominadora, que lucraba de la total servidumbre del *acapuric*: era la casta militar y de los funcionarios. El *tucuricuc* era el primer ministro y los citados *pachacuracas* se esparcían por el ámbito total de Tahuantisuyo, gobernando las bien clasificadas manadas de hombres.

Para esta casta militar y gubernativa, la llegada de los españoles era el despojo y la guerra. Para la enorme masa popular sumisa no era nada y, si acaso, no se sabe qué vagorosa emancipación. Por ello se explica que un puñado de valientes españoles tuvieran que luchar siempre contra la casta dominadora, mas nunca con el pueblo.

Pues bien, en el Perú, antiguo imperio de los incas, con su ciudad del Cuzco y sus templos al dios Sol y su legendario *Machupichu*, dos apellidos ilustres —el de Castañeda y el de Coello—, entroncados con viejas familias de claro linaje de Castilla y Portugal, sonarán fuerte durante el siglo XX en la historia del Perú y de la orden Agustiniiana, merced a quien los ostentó: una mujer que ocupará el centro del presente estudio: MADRE TERESA DEL SAGRADO CORAZÓN, Fundadora insigne de las Religiosas Reparadoras del Sagrado Corazón.

Los Castañeda eran oriundos de la Cantabria. Más tarde, se hicieron famosos en Hispanoamérica: desde México, donde aparecen ya en el siglo XVI como administradores de justicia, hasta Chile y Argentina, donde uno de ellos, por nombre Francisco, fue capitán de los tercios españoles y valiente luchador contra los no menos bravos araucanos.

En el Perú fue muy célebre un antecesor de nuestra protagonista. Se llamaba José y era ciudadano de Papacausa. Se dio a conocer durante la guerra de la independencia peruana, atentando contra el general Carratalá, y encelando a los soldados españoles bajo promesa de minas de oro, para despojarlos luego de sus propias armas, después de haberlos derrotado en una emboscada. Bolívar —El Libertador— calificó estos hechos de heroicos y premió a Castañeda con el cargo de Coronel efectivo.

En cuanto al apellido Coello, hay que decir que tiene su origen en Portugal: el «Coehlo» de tiempos pasados. Pero son más tardíos en Hispanoamérica, donde aparecen en el siglo XVIII. Famosos, entre todos, son los Coello de Portugal como diplomáticos y hombres de armas, afincados en Andalucía, con rango aristocrático y título de condado.

En el siglo XIX, siglo de revueltas españolas y de la independencia peruana, habitaba en Lima el matrimonio formado por Don Juan Pedro de Castañeda y doña Mercedes Coello y León. Él era un hombre rico, que tenía grandes posesiones y haciendas cerca de Jauja. Por atender a estas propiedades, se ausentaba algo más de la cuenta del hogar limeño. Su esposa, para estar más

cerca de él, determinó abrir casa en la citada ciudad de Jauja y vivir en ella por largas temporadas.

Pero había algo más. Don Juan Pedro de Castañeda, hombre rico y de mediana cultura, anduvo siempre metido en la inquieta política de su tiempo. Cuando, más adelante, nuestra protagonista viva en París, profesora en la Sagrada Familia, le escribirá cartas comunicando con él amores patrióticos exaltados y, también, temores por el futuro de la patria, en lucha abierta con el vecino y siempre belicoso Chile.

De Doña Mercedes Coello y León sabemos menos. Sabemos que era una mujer piadosa y aun devota de la Iglesia. Lo cual no le restaba para que frecuentara lo más selecto de la sociedad burguesa de Lima. De joven, tuvo que ser una mujer bella. De mayor, el retrato nos la presenta de rasgos fuertes, pómulos salientes, ojos hundidos, negros, dominadores. La boca fuertemente plegada por unos labios contraídos y finos.

Cuando quede viuda del señor de Castañeda, se irá a vivir a un departamento del colegio reparador de Lima. Sus dos hijas en religión la recogieron y se hicieron cargo de ella hasta su muerte.

Doña Mercedes Coello, señora de una rara prudencia, según leemos al pie de una de sus últimas fotografías, una vez que no pudo conseguir de su hija Rosa Mercedes que renunciara a la idea de hacerse religiosa, jamás le hizo una sola pregunta indiscreta sobre la fundación del Instituto Reparador. Es más, en esta obra le ayudó cuanto pudo.

Al final, la fundadora se lo pagará con creces —al igual que su otra hija religiosa que ha de salir en este estudio— teniéndola consigo y dedicándole todos sus cuidados, hasta el día de su tránsito, que ocurrió el 30 de marzo de 1919.

El *Diario íntimo* de M. Teresa del Sagrado Corazón dice, a este respecto, lo siguiente: «El 30 de marzo de 1919, domingo «Letare», a las tres y media de la mañana, dejó este triste mundo mi venerada y querida señora madre D.<sup>a</sup> Mercedes Coello de Castañeda. R.I.P. ¡Qué dolor tan inmenso, Dios mío! Hágase tu santísima voluntad»<sup>1</sup>.

#### b) *Rosa Mercedes de nombre*

En el matrimonio de don Juan Pedro de Castañeda y doña Mercedes Coello nacieron seis hijos; tres hembras y tres varones. Las tres hijas se llamaron Rosa Mercedes, María Celinda y María Emiliana.

---

1. *Diario íntimo* de la Madre fundadora, M. Teresa del Sagrado Corazón. Archivo Generalicio de Reparadoras del Sagrado Corazón. Roma.

Rosa Mercedes será, en adelante, nuestra pequeña y gran protagonista; si bien, cuando se haga religiosa y sea fundadora de un nuevo Instituto, la llamaremos —porque ella se lo puso— M. Teresa del Sagrado Corazón.

Nació en la ciudad de Lima el 8 de agosto de 1856. Morirá a los 94 años de su edad en Roma el 12 de febrero de 1950.

Tenía que nacer en Lima, la Ciudad de los Reyes, fundada por Pizarro; la bella Lima, donde también naciera la otra Rosa, la virgen dominicana. En la pila del bautismo, que recibió a los pocos días de nacer, le impusieron el nombre compuesto de Rosa Mercedes. Fue en recuerdo de la santa limeña, y en recuerdo, asimismo, de su buena madre.

La casa donde ha nacido es una casa distinguida y grande; cual correspondía entonces a una familia burguesa y de lo más selecto de la sociedad. Amplias habitaciones, corredores y salones, que cuidaban servidores indios y doncellas mulatas, junto con algún chino.

Rosa era una niña normal. Alegre, ordenada y limpia como los oros. En conjunto, resultaba una niña encantadora. Tal y como la podemos contemplar en las fotografías que ella misma conservó en su album de familia.

Ya, desde pequeña, se mostró inteligente, penetrante y observadora. Físicamente era muy guapa. Los retratos aludidos hablan por sí solos.

Recordando su vida y echándose a andar desde su primera infancia, Rosa nos cuenta que tendría solamente cinco años cuando el Señor se dignó volver sobre su mirada de predilección. Ya en tan corta edad, le hacía suspirar por la vida religiosa; y ello, sin que tuviera conocimiento alguno de monjas o instituciones de ningún género.

Muy pequeña todavía, viviendo en Jauja con su madre, entró un día en la capilla del Carmen y se confesó por primera vez con un fraile franciscano. Nuestra futura fundadora recuerda que hizo aquel acto con fe y con piedad sinceras. Ésta será una de las constantes de su vida: la autenticidad, la plena conciencia y responsabilidad con que hará las cosas a lo largo de su peregrinar por la tierra.

Todavía a los cinco años, la pequeña Rosa se encontraba un día con su madre en la hacienda de Ocapa. En este pueblo —nos cuenta ella— los PP. Franciscanos dieron una tanda de Ejercicios, a los que asistía ella también, más por acompañar a su mamá, que por otra cosa. Aún no había hecho la primera comunión y eran grandes sus deseos de hacerla. En esto, llegó el día final y de «Comunión general» de las ejercitantes. Doña Mercedes se levantó temprano y no quiso que despertaran a su hija. Pero ésta, que anhelaba asistir a la misa, se presentó vestida ante ella y no hubo más remedio que llevarla consigo a la iglesia.

A la hora de comulgar, y cuando todas las ejercitantes lo hicieran, el sa-

cerdote se quedó con una sagrada forma en la mano e instintivamente invitó a la niña a que se acercara. Rosa, ni corta ni perezosa, corrió hacia el altar y recibió la Sagrada Comunión, sin que su madre pudiera evitarlo.

Cuando muchos años adelante recuerde a sus hijas esta anécdota, M. Teresa del Sagrado Corazón les recordará que aquel día llevaba un vestido azul.

### c) *Primera juventud*

Bajo la mirada vigilante de su madre, Rosa Mercedes recibió en su infancia y primera juventud esa formación religiosa, humana y social que, más tarde, le ayudaría a sobrevalorar las dotes naturales con que el Señor había enriquecido aquella alma privilegiada, para el cumplimiento de su misión y para hacerlas preciosas a los ojos del mismo Dios.

El año 1868 está de vuelta con su familia en Lima. Se ha convertido ya en una mujercita y cae en la cuenta de que necesita de un director espiritual. El P. Gual, franciscano y confesor de su madre, amigo de toda la familia, será el escogido; si bien, jamás le hablará de su vocación religiosa. También es verdad que, por aquellos días, Rosa no se acercaba a los sacramentos más que dos o tres veces al año <sup>2</sup>.

Este mismo año la ciudad de Lima sufrirá el terrible azote de la llamada «Fiebre amarilla», que se habría de cobrar muchas víctimas. Rosa Mercedes cuenta que, durante la epidemia, toda su familia tuvo que pagar tributo a la misma, siendo ella la más afectada, hasta el punto de llegar a tener «el vómito negro», síntoma de extrema gravedad y presagio cierto de una muerte segura. «Era ya la muerte que estaba a punto de llevarme —escribe textual— entre sus brazos. Por desgracia, nadie pensaba en mi alma. Estaba ya para morir y presentarme ante mi Juez cargada de pecados. Yo misma no pensaba ni en Dios, ni en la eternidad. Estaba demasiado mal para darme cuenta de mi situación. Andaba al encuentro de la muerte sin saberlo» <sup>3</sup>.

Ella atribuye la curación de su extrema enfermedad a la Santísima Virgen, a quien ofreció vestir el hábito del Carmen, a ruego de su madre; hábito que le impuso en su día el citado P. Pedro Gual al tiempo que le dijo: «María os protegerá contra los asaltos del mundo y del demonio. Sed, hija mía, mortificada como Santa Rosa de Lima, amante de Jesús como Santa Teresa, y hu-

---

2. Sabido es de todos, cómo las ideas jansenistas calaron muy hondo en el pueblo cristiano, y cómo hasta los días del Papa Pío X, el Papa de la «comunión frecuente», la mayoría de los católicos se limitaban al llamado «cumplimiento pascual», cosa que hacían por el tiempo de Cuaresma, con documento y todo para que el señor cura párroco quedara tranquilo.

3. *Diario íntimo*, l.c., p. 30.

milde y recogida como Santa Clara». Tres bellos ejemplos de santidad, y de los que será un poco compendio la M. Teresa del Sagrado Corazón.

Cristo, «el buen Maestro» —como ella solía decir—, era quien la guiaba. Y quiso, en sus designios inescrutables, ponerle delante de los ojos la imagen viva y real de la muerte en uno de sus hermanos, Victorio de nombre, el cual atacado fuertemente de meningitis, murió a la temprana edad de 18 años. Rosa le quería mucho y, echa un mar de lágrimas, tuvo no obstante el consuelo de verlo expirar entre sus brazos.

Por aquellos mismos días, cayó en sus manos una biografía ejemplar. Era la de Santa Isabel, reina de Hungría, madre de familia, limosnera y fiel seguidora de Cristo. Es posible que se lo regalara su tía carmelita, Sor Isabel de la Stma. Trinidad, la cual ya anteriormente le había regalado otro, titulado *La joven cristiana*, y que explicaba la perfección cristiana tanto en el mundo, como en el claustro.

Rosa Mercedes deseaba seguir esta segunda opción y reflexionaba seriamente sobre su vocación religiosa, sin decir nada a nadie, ni siquiera a su confesor ordinario.

Pero ocurrió que, confesándose una vez con un sacerdote distinto del P. Gual, después de oírla, se dirigió en tono un tanto solemne y le dijo:

—Escucha, hija mía, y oye la voz de Jesús que te dice: «Ven, sé mi esposa como Santa Rosa, Santa Clara y Santa Teresa <sup>4</sup>.

La vida de nuestra joven se iba, así, entonando y cobraba sentido. Pero no acababa de comprender cómo aquel sacerdote, al que no conocía de nada, y a quien nada había comunicado sobre sus anhelos religiosos, estaba en el secreto de su corazón. Durante varios días se sintió bajo la influencia de esta profunda emoción. Era incapaz de conciliar el sueño y pasaba las noches en continuos desvelos. Invocaba entonces a San Francisco y a Santa Clara de Asís, cuyo convento le atraía y cuya campana, llamando a las monjas a coro, le hacía unirse en espíritu a aquella plegaria común, mientras ella en su habitación también rezaba y lloraba <sup>5</sup>.

Rosa sufría mucho porque, deseando ahora más que nunca acercarse a los sacramentos y exponer a algún sacerdote el interior de su alma, no podía hacerlo, pues se lo tenían prohibido. Esta soledad interior le resultaba muy penosa.

Por otra parte, joven de la alta sociedad limeña, se veía obligada a acompañar a su madre «en las visitas mundanas», como ella misma escribe en su

---

4. *Ibid.*, Cf. E. Valentini, l.c., p. 32.

5. El monasterio de clarisas distaba solamente unos cien metros de la casa de los Castañeda y Coello.

*Diario.* Esto para Rosa constituía un verdadero suplicio, ya que ella prefería quedarse en casa, sola, en silencio, lejos «del mundanal ruido» y de todas aquellas vanidades del siglo.

Nuestra futura fundadora reconoce que el «buen Maestro» velaba paternalmente sobre ella. Hasta le concedió el regalo del sacramento de la Confirmación que le administró, expresamente a ella y en ceremonia privada, Monseñor Tordoja, obispo de Tiberiópolis.

Doña Mercedes Coello, deseando la mejor instrucción para sus hijos, contrató un profesor particular que venía a casa a darles lecciones. Era aquel hombre un pseudo intelectual, que tenía muchos prejuicios sobre la religión católica. Era, además, uno de aquellos ilustrados tardíos, medio librepensadores, que habían bebido las ideas deístas y fisiocráticas en la Enciclopedia Francesa.

Rosa, con sus catorce años, se dio cuenta de ello enseguida y se negó en redondo a asistir a sus clases. Cuando doña Mercedes cayó, al fin, del burro, se deshizo de aquel profesor, enviando a sus hijos al Seminario, y proporcionando a Rosa un nuevo maestro, que respondía al nombre de M. Robles.

Tuvo otros maestros que recordará siempre con gratitud. Entre ellos, recordaba, siendo ya religiosa reparadora, a don Manuel Fernández Pantonelli y a don Benjamín Castañeda, que pasaba por ser el más acreditado y mejor pianista de Lima.

De este modo, transcurría la vida de nuestra muchacha, entre el estudio y el acompañar a su madre a fiestas de sociedad; entre el recibir, a su vez, visitas y leer el periódico todos los días al señor Castañeda. Una vida «mitad seria y mitad fútil», como ella misma la definirá de modo gráfico; abandonada un tanto de las cosas de Dios, si bien rezaba con sus hermanos y seguía pensando en su vocación.

#### d) *La llamada de Dios*

Rosa Mercedes trataba de escapar de la vanidad del mundo consagrando sus ratos de ocio a los pobres y a la catequesis de sus domésticos. Un buen día, vino a visitarla cierta señora y le habló de su extrema pobreza. Nuestra joven le ayudó en aquella ocasión lo que pudo y le pidió las señas de su casa. El día que la visitó fue tal la impresión que recibió ante aquel espectáculo de pobreza y de suma miseria, que prometió seriamente hacerse más pobre que todas las monjas de clausura. En aquella hora prometió ya hacerse clarisa.

Luego comenzó a sentir la acción de la gracia divina. Trató de hablar con el P. Gual, pero este religioso franciscano estaba de moda en aquellos días y

siempre se le encontraba rodeado de hijas espirituales, entre las que se contaba la propia madre de Rosa.

Sus pasos se encaminaron entonces hacia el nuevo cura párroco de la iglesia de San Marcelo, que tenía fama de excelente director de almas. Rosa encontró en él la luz y la paz que tanto necesitaba. La conversación fue larga por parte de la aspirante a hija de Santa Clara.

—Hija mía —le dice don Severino Salcedo—, debes estar muy cansada por tanto tiempo como llevas de rodillas. Descansa un poco y, entretanto, confieso a la persona que está al otro lado. Después continuaremos.

El colofón lo tuvo Rosa al día siguiente, fiesta de la Inmaculada. Desde aquel momento, sólo pensaba en el modo de irse separando de la tutela de sus padres, cuya ternura hacia ella le parecía un obstáculo serio a la realización de sus proyectos.

De hecho, cuando expuso la idea a su buen padre, éste, arrojándose a su cuello y lleno de lágrimas, le dijo:

—Hijita mía queridísima: jamás podré separarme de ti. Tú eres todo nuestro consuelo y toda nuestra alegría.

Rosa quedó rota y del todo desconcertada. Pero no había más remedio que romper fronteras y machacar fuertes cadenas de cariño terreno. Para ella estaba clara la voz de Dios que le decía con el Evangelio: «El que ama a su padre, o a su madre más que a mí, no es digno de mí».

Por fin, consiguió entrar en el pensionado de los Sagrados Corazones. Corría el mes de febrero del año 1873. Pero apenas hubo ingresado, se declaró una viruela alarmante entre el alumnado y tuvo que volver a casa. Ocasión que aprovechó doña Mercedes para decirle: —¿Lo ves, hijita mía?... Dios no quiere que entres en Belén.

Sin embargo, al cabo de unos meses, y con motivo de un largo viaje de sus padres a Chile, para cuidar de la grave enfermedad de su hermano Julio, Rosa fue aceptada como alumna de los Sagrados Corazones.

Aquellas religiosas de Belén habían calado en el corazón de la muchacha y adivinaron sus deseos de entrar en religión. Pero ella estaba decidida a hacerse hija del «poverello» de Asís y sabría esperar hasta los 18 años que la exigían.

Agraciada y bella, el mundo la halagaba y la colmaba de alabanzas. Cuando sea religiosa reparadora, se confesará muchas veces de este pecado de vanidad. La sociedad burguesa peruana no le daba la felicidad que ella buscaba. Antes, por el contrario, se encontraba cada día más triste y más como fuera de camino.

De momento, todo serán obstáculos a esta joven que había cometido el pecado de pertenecer a la alta sociedad limeña y que, según su propia madre,



estaba destinada a contraer matrimonio con uno de aquellos galanes que frecuentaban la casa y a quienes no se escapaban los encantos físicos y morales de la hija mayor de los Castañeda y Coello.

Volvió a las clases de piano; siempre por orden de su madre y con el profesor más acreditado de la ciudad. Tuvo ocasión de conocer por aquel entonces a uno de los más destacados maestros de la Universidad de San Marcos, que le daba clases de filosofía <sup>6</sup>.

Aprendió también labores manuales en las monjas clarisas <sup>7</sup>; lo cual le servía un poco de tapadera y de excusa para poder tratar sus asuntos íntimos con la M. Abadesa, que le regaló la Regla de San Francisco y el horario de la comunidad.

Rosa hacía todas estas cosas con cautela, a fin de no ser descubierta por su madre. Pasaba dos o tres horas en el convento, encontrándose, según confesión propia, «en su elemento».

En lo más florido de su existencia, Rosa sufrió una grave enfermedad que estuvo a punto de llevarle a la muerte. Se trataba de una angina maligna. Perdida toda esperanza, ofreció su vida a Dios, recobrando pronto la salud.

Es verdad que no pudo vestir el hábito de la Virgen de los Dolores, como lo había prometido; pero su voluntad se afianzó más que nunca en el total abandono del mundo, por muchos paraísos que éste le ofreciera. Uno de estos paraísos era, como cabe suponer, el del matrimonio. Joven, agraciada y rica, no le faltaron pretendientes, aunque los galanes de turno sabían de sus pocos deseos de boda. Doña Mercedes tenía gran interés en casarla con un joven de familia afín a la suya <sup>8</sup>.

El plan estaba magníficamente trazado. La fundadora de la Congregación de Reparadoras del Sagrado Corazón, cuando vuelva sobre estas escenas familiares, pensará siempre que, sin una intervención especial de Dios, el matrimonio hubiera sido cosa hecha y la boda a pocos días vista.

#### e) *Entrada en las clarisas de Lima*

Dios la guiaba y conducía por el camino recto. Pero destinada a ser víctima de expiación, destinada a ser alma reparadora, tuvo que sufrir una prueba muy dura a que le sometieron las clarisas de Lima, en un acercamiento hacia

---

6. Este profesor de filosofía se llamaba don José Granda.

7. Las religiosas que la conocieron y con las que hemos podido hablar, todas ellas coinciden en afirmar que la M. Teresa era admirable en bordados y labores de aguja y mano.

8. La M. Teresa no revela en su *Diario íntimo* el nombre completo de este pretendiente, y sólo se contenta con darnos las iniciales, que señala con las letras M.G.

ellas y de ingreso en su monasterio. Rosa tendría que presentarse de modo que agradara a la comunidad. El voto de la M. Abadesa lo tenía seguro. Pero no así el de algunas otras que desconfiaban de la sinceridad de su vocación.

—Señorita —le preguntaron en el interrogatorio público—, ¿no le da miedo la pobreza de las hijas de San Francisco?

—En modo alguno.

—¿Contáis con el debido permiso de vuestra familia?

—Ésta es una cuestión que dejo en mano de Dios.

—Tenemos noticia de que vuestra salud es débil.

—Dios me dará fuerzas suficientes para sobrellevarlo todo por su amor.

El diálogo continuó por derroteros irónicos y de mal gusto. Cuando una de las religiosas le dijo si no tenía tentaciones de volver a su casa, Rosa contestó:

—Por supuesto que sí. Y más, después de lo que estoy oyendo de labios de algunas hermanas.

A lo que la M. Abadesa contestó:

—No haga caso, hija, ni tenga temor. La Santísima Virgen continuará protegiéndola.

El segundo paso a dar era el de recabar la autorización de entrada en el convento por parte del señor arzobispo. El día 8 de diciembre del año 1877, «bajo los auspicios de la Virgen Inmaculada»<sup>9</sup>, Rosa entregaba un escrito al prelado de la diócesis de Lima pidiéndole la admisión en calidad de postulante<sup>10</sup> en el convento de Santa Clara de la misma ciudad.

Monseñor Tovar, el sacerdote que seguía de cerca la vocación de la hija de los Castañeda y Coello, se encargó personalmente de conseguirlo, junto con otras dispensas que necesitaba. Se informó de la propia Rosa sobre el día en que deseaba hacer su ingreso en el convento y le prometió arreglarlo todo con la mayor diligencia. Nuestra joven postulante deseaba ingresar a finales del mes de enero de 1878.

Antes de que se cumplieran sus deseos, tuvo que librar una batalla muy dura contra sus familiares que se oponían a aquella decisión. Después de una larga y tensa conversación habida con su madre, Rosa se vio en la precisión de decirla:

—Señora y madre mía: no obstante todo el respeto y cariño que os tengo, me permito deciros estas palabras de Nuestro Señor: «quien ama a su padre, o a su madre más que a mí, no es digno de mí».

9. Tales son las palabras que emplea la futura fundadora del Instituto reparador en su *Diario*.

10. No podía entrar en calidad de novicia por faltarle la edad prescrita en las leyes y constituciones de la Orden.

Cayó la noche. Una noche muy triste en la mansión de los Castañeda y Coello. Rosa Mercedes se retiró a su habitación antes de lo acostumbrado y sumida en un mar de angustias, rogó intensamente al Señor.

En el reloj las manecillas marcaban las cuatro de la madrugada cuando se metió en la cama. Y al no poder conciliar el sueño, se levantó a las seis. Ordenó a su camarera que le preparara el baño, y a las siete y media estaba ya en la iglesia conventual de las clarisas. Oída la santa Misa, llamó a la campanilla.

—Madre, hágame la caridad de recibirme en el número de vuestras hijas. Aquí tiene la autorización del señor arzobispo. Fue lo que dijo a la M. Abadesa que salió a recibirla.

Ya dentro del noviciado, le dieron una tacita de chocolate con bizcochos. «Aseguro —escribe años adelante la M. Teresa del S. Corazón— que me costó mucho tomarla. Tenía el corazón encogido. Éste fue el primer acto de obediencia que ofrecí a Dios por mis queridos padres».

f) *Los caminos de Dios no son los caminos de los hombres*

«Las cosas habían llegado a tal punto —escribe la Fundadora del Instituto Reparador—, que me vi obligada a tomar una decisión para procurar un poco de paz a aquellas santas religiosas, que se encontraban en esta situación por mi causa. El Rdo. P. Provincial me repetía que yo estaba en completa libertad para quedarme o salir. La M. Abadesa, la Vicaria, la Maestra, todas me decían lo mismo. La mayor parte de las religiosas me aseguraban que me recibirían de nuevo en el convento con preferencia a cualquier otra aspirante. Finalmente, me decidí a dar el gran paso, pero con el pensamiento de entrar en una Orden apostólica en la que poder trabajar en la evangelización de los salvajes»<sup>11</sup>.

Efectivamente, las cosas se le han puesto muy mal a nuestra aspirante. Y no por parte de la comunidad, donde ha sido admitida con todos los honores, sino por parte de los padres y familiares.

Informado el señor arzobispo del asunto, envió un delegado suyo para conocer personalmente la determinación de la muchacha. Poco después, se presentaban un notario y dos testigos de cargo para tomar declaración de las condiciones con las que Rosa regresaba al lado de su familia.

Aquellas cláusulas hablaban de un tiempo máximo de tres meses. Quedaba en completa libertad para cumplir con sus prácticas religiosas; lo mismo que para seguir en su propia casa las reglas de la Orden. Quedaba igualmente

---

11. *Diario íntimo*. Cf. l.c., p. 60.

en libertad absoluta para poder visitar el convento todas las veces que lo deseara la M. Abadesa. Don Juan Pedro de Castañeda y doña Mercedes Coello firmaron el documento.

Con él en la mano, Rosa salió del convento y marchó con sus padres a Chorrillos, un lugar delicioso y tranquilo. Pero no era feliz. Creía escuchar constantemente la voz del Señor que le mandaba volver a Lima. Al tiempo de regresar a la ciudad y a su llegada a casa, la campana de las clarisas llamaban a «completas».

Y decimos que los caminos de Dios no son los caminos de los hombres, porque en el mes de junio de aquel mismo año 1878 Rosa marchaba a París para comenzar una nueva etapa en su vida.

Al tiempo de zarpar, le parecía que el corazón le iba a saltar del pecho, de tan fuerte como golpeaba. «A través de mil lágrimas —escribe—, veía desaparecer las costas de mi querida tierra. De pronto, empecé a marearme, lo cual me obligó a retirarme a la cabina. Aquella realidad me parecía un sueño. ¡Cuántas cosas habían pasado en menos de 24 horas! Sola, en mi cabina, pude leer las cartas tan llenas de ternura y de bondad religiosa que me había enviado la Rda. M. Abadesa un momento antes de embarcarnos. La lectura de estas cartas me hizo llorar, ya que ellas me consolaban con el pensamiento de que aquella santa comunidad me acompañaba con sus fervientes plegarias»<sup>12</sup>.

Aquel primer viaje a Europa quedaría grabado para siempre en su alma. Durante la larga travesía, cayó enferma de gravedad, llegando a temer lo peor los médicos que la atendían. Don Juan Pedro de Castañeda, que acompañaba a su hija, sufría profundamente, pues pensaba que era él la principal causa de aquel infortunio. Por fin, padre e hija llegaron a la bella capital de Francia.

Pocos días después, arribaba doña Mercedes con las dos hijas menores. Por su parte, Julio, el hermano mayor, residente de tiempo atrás en París, podía reunirse con toda la familia y terminar, así, con toda comodidad sus estudios.

El P. Anzueta, esclarecido miembro de la Compañía de Jesús, fue el encargado de dirigir su alma. Más tarde, conoció en la iglesia de los oblatos al P. Amores, el cual confesaba en español a cualquier hora que se le llamase. Este buen religioso, dándose cuenta de que Rosa no podía permanecer por más tiempo en el siglo, le orientó hacia unas religiosas que vivían en la *Rue Clichy*, al tiempo que le hacía desistir de su promesa de volver a las clarisas de Lima. Se trataba de una congregación dedicada a la asistencia de los enfermos y que llevaba el nombre de *Sagrada Familia*.

En este preciso momento se produjo un cambio, un algo nuevo y desco-

---

12. *Ibid.*, p. 61.

nocido en el alma de nuestra joven limeña. Aquella vida religiosa y apostólica, en la que tantas veces había soñado en sus meditaciones, le parecía ahora una palpitante realidad. El citado P. Anzueta no estaba muy convencido de aquella resolución.

Pero unos densos nubarrones, presagio claro de tormenta, se cernía sobre el cielo de la patria, en la que pensaba entregarse en trabajos apostólicos. La guerra entre Chile y Perú era inminente. Rosa comprendió que su familia tenía que permanecer en Francia por tiempo ilimitado. Con lo que quedaba definitivamente roto su último eslabón que le tenía unida al convento de Santa Clara y, tal vez, a otra congregación de vida activa en la que intentara ingresar.

Rosa Mercedes se decidió por quedarse en *La Sagrada Familia*, encamiñándose a la residencia de Royauumont. Se le ofrecía la oportunidad de hacer el noviciado en distintas casas de la Congregación, y ella escogió la casa de Loreto, donde encontró una maestra que la comprendió desde el primer momento. Nuestra novicia le correspondió abriéndole el corazón y sus ardientes deseos de santidad.

Sor María Rafaela tuvo —como escribirá más tarde Rosa— «cuidados y ternuras de madre». Era precisamente lo que más estaba necesitando en aquella hora de tribulación y de prueba.

Una de las pruebas —tal vez la más dura para ella— fue la del desconocimiento del idioma. Pero una compañera, Cruprille Panan de nombre, se ofreció generosamente a enseñarle el francés y hacerle, así, la vida más llevadera en Loreto.

Rosa, en el fondo de su alma, seguía sintiéndose clarisa. Y así se lo manifestó un día al P. General de la Congregación. Sentía verdadera repugnancia por la enseñanza, fin principal de la Sagrada Familia y, descartado el deseo de hacer apostolado en su patria, no le apetecía tampoco el apostolado externo. En resumidas cuentas, que no se encontraba agusto allí. «Mi silencio y las lágrimas de mis ojos hicieron ver al P. General —escribe M. Teresa— mis íntimas angustias y, entonces, como obedeciendo a una inspiración divina, me habló así:

—Decid a vuestro confesor todo lo que me habéis dicho a mí; y mañana, después de la comunión, haréis votos religiosos; pasado mañana me daréis cuenta de ello, pero sin decir a nadie lo que yo he de decidir sobre vuestro futuro».

Rosa Mercedes de Castañeda emitió sus votos privados de pobreza, castidad y obediencia en la mañana del 11 de enero de 1880. Después de esto, le dijo al P. General:

—Dado que yo he hecho el sacrificio de mi vocación a la vida contemplativa, usted puede hacer de mí lo que quiera. En sus manos pongo mi alma.

—Bien —respondió el P. General—. No os preocupéis. Ya pensaré en usted.

Entretanto, doña Mercedes Coello reclamaba la presencia de su hija en casa. Tenía el propósito de hacer un viaje a Roma y deseaba que su hija mayor le acompañase.

Una vez más, Rosa se vio obligada a abandonar el noviciado y satisfacer los deseos de su madre.

Volvió a Royaumont el 11 de diciembre de aquel mismo año 1880. Al año siguiente, el día 31 de mayo, tomó el hábito. Hizo la primera profesión el 26 de abril de 1882, y los votos perpetuos el 18 del mismo mes de 1886.

Ella deseaba volver al Perú y trabajar allí en el apostolado de los humildes, y entre los pobres «indios», como ella misma decía. Esta inspiración fue tan constante y tan insistente, que su confesor, reconociendo el origen divino de la misma, le aconsejó que abandonara definitivamente el instituto, en el que vivió hasta el año 1895.

Cuando años adelante se encuentre en Roma, trabajando lo indecible para conseguir la aprobación de las Constituciones de sus Reparadoras, recordará aquel aciago día en que salió de la Sagrada Familia. «Hoy hace 15 años —escribe el 8 de febrero de 1910— que salí de la Sagrada Familia. Hacía un frío espantoso. La nieve cubría el suelo por todas partes. Hice el trayecto de Burdeos a París sola. Llevaba el alma oprimida de dolor por la separación; pero con una gran tranquilidad de espíritu respecto de la fundación del nuevo Instituto. Llegué a París y en la estación me esperaba Toribio y Paquita. La familia Sanz me hizo una acogida afectuosísima»<sup>13</sup>.

## II. EN EL YUNQUE DEL DOLOR. FUNDADORA

### a) *Que Dios os ilumine, hija mía*

En el primer *Libro de Actas* de las religiosas reparadoras del Sagrado Corazón, obra en casi su totalidad de la M. Teresa<sup>14</sup>, nos encontramos con la fuente misma de la fundación. Son unas páginas que están escritas en el yunque del dolor, mas también con esperanza amorosa y con clara visión del futuro.

El primer plan fundacional lo tuvo<sup>15</sup> en la ciudad de Burdeos, en la Casa-

13. *Ibid.*, Día 8 de febrero del año 1910. Cf. A.G.R.

14. El Libro comienza con el lema reparador: «¡Gloria in excelsis Deo. Et in terra pax!». Después, podemos leer lo siguiente: «Instituto de Religiosas Franciscanas Reparadoras del Sagrado Corazón. Fundado en Lima el 17 de marzo de 1896». Debajo del lema, aparece un sello que es, sin duda, el de la casa de Lima.

15. Así comienza el texto, hablando siempre en tercera persona: «lo tuvo»; pero es claro

Madre de la Sagrada Familia, y el domingo de pasión, 11 de marzo de 1894, justamente un año antes de su salida de aquel Instituto.

Siguiendo luego el *Diario* íntimo, vemos que, días atrás de esta fecha, encontrándose en adoración ante el Santísimo Sacramento, escuchó una voz interior que le decía cómo los superiores de la Congregación en que se encontraba no iban a aceptar ninguna de sus proposiciones, y mucho menos la de fundar en el Perú.

Efectivamente, Rosa no se equivocaba. Se le negó rotundamente el deseado permiso. De pronto, surgió en su mente un nuevo proyecto: «el plan de una Congregación dedicada a la reparación y al apostolado». Ella lo creyó, en principio, algo así como una extravagancia, un delirio de su ardiente fantasía. Y trató por todos los medios de apartar esta idea que le parecía del todo descabellada.

Entretando, pasaba horas y horas en oración, meditando seriamente aquel proyecto que le robaba el sueño y que iba cobrando vida, a medida que el tiempo pasaba.

Hay un momento en que el confesor de turno llega a decirle:

—Hija mía, usted no puede permanecer en este estado. Es absolutamente necesario que hable de ello a sus superiores. Su situación es delicada.

Siguiendo el consejo de aquel prudente sacerdote, Rosa se decidió a abrir su corazón al Rvdo. P. Auger, pro-director general de la Congregación.

—Bien, hija mía. Debe seguir su camino. Es mejor hacer las cosas ahora, que luego más tarde.

Fueron las palabras del superior. A lo que Rosa contestó:

—Tenéis razón, padre mío. Soy completamente de vuestro parecer.

Todo un programa de vida apostólica y reparadora surgió aquel día del mes de mayo de 1894. Abrirían escuelas y jardines de infancia. Aquella misma idea que habían tenido Juan Bautista de la Salle, San José de Calasanz, San Juan Bosco, Santa Joaquina Vedruna, la M. Lestonac, Rafaela del Sagrado Corazón... Escuelas «para poder depositar en las almas de los pequeños el germen de la doctrina cristiana que puede servirle en el futuro como salvaguardia contra la influencia del maligno»<sup>16</sup>.

Las religiosas reparadoras se dedicarán también a las huérfanas enseñán-

---

que el documento pertenece a la fundadora, atestiguado por cuantas la conocieron en vida y, mejor todavía, por la clara y hermosa letra con que está escrito, y que es la misma que hemos visto luego en otros libros y cuadernos suyos, y en tantas y tantas cartas como escribió a lo largo de su vida.

16. La M. Teresa escribe textual: «contra las influencias masónicas». Se advierte que la tenía emprendida contra esta secta secreta. Y de este modo nos explicamos el que, más de una vez, atentaran contra su vida; tal y como nos lo han contado algunas religiosas ancianas que lo vivieron.

dolas los primeros rudimentos de la instrucción primaria y, sobre todo, a trabajar en labores manuales, con el fin de que pudieran más tarde proveer a su sustento de una manera honesta.

En estos momentos Rosa piensa ya en el lema del nuevo Instituto y lo estampa en su *Diario*: ¡«Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra Paz!»<sup>17</sup>.

Acercándonos al verano del citado año 1894, Rosa debía partir para *Vieille Tour*<sup>18</sup>. Pero antes tenía necesidad de hablar con el superior General. El citado P. Auger salió de su despacho y ella se le hizo la encontradiza:

—Padre mío, tengo necesidad de hablaros. He reflexionado mucho sobre las palabras que me dijo la última vez que le vi y vengo a pedirnos que me diga si verdaderamente cree que debo seguir adelante en mi propósito.

El P. Auger adoptó entonces una actitud estudiada y, diríamos, que más bien fría. Como si no recordara mucho aquellas palabras que debió decir a la muchacha. Luego le dijo:

—Hija mía, los caminos de Dios son misteriosos. Por lo que es necesario seguir el consejo de San Pablo: conviene orar mucho para conocer su voluntad.

—¿Qué debo hacer, padre mío? A mi no me queda ya nada de lo que puede ser una hermana de la Sagrada Familia. Lo veo claro. Creo que hasta soy un obstáculo para la comunidad.

La larga conversación que mantuvo con el P. Vicario general terminó con esta frase pronunciada por Rosa con el mayor aplomo y la mayor serenidad:

—Si es Dios quien me pide esto, él me dará el valor que necesito.

Y pasaron los días. Pasó el verano de 1894. Rosa Mercedes tenía momentos en los que creía enloquecer. En aquella soledad de *Vieille Tour*, acariciada por las suaves brisas del otoño, redoblaba su oración para obtener del Señor la ayuda que necesitaba. No se atrevía a hablar con nadie de sus proyectos. Ni siquiera con el confesor; porque, o no confiaba demasiado en él, o él no la entendía<sup>19</sup>. Y cuando se lo comunicó a uno nuevo en su vida, éste se excusó diciendo:

—Hija mía, la cosa es demasiado grave para que yo tome sobre mí una tal responsabilidad. Ya que usted tiene superiores mayores, recurra a ellos.

El día 4 de noviembre —el «brumario» de la Revolución Francesa— la superiora hizo llamar a Rosa Mercedes. Cuando la tuvo en su presencia le dijo:

—Leyendo su carta<sup>20</sup>, me he preguntado a mí misma: ¿por qué nuestra

17. El lema irá escrito en latín: «*Gloria in excelsis Deo! ¡Et in terra pax!*».

18. Se trata de una residencia de la Sagrada Familia en Talence, Bordeaux.

19. Observamos, una vez más, cómo esta mujer admirable, tan de Dios, tan fiel a sus designios, se resistió toda la vida a comunicar íntimamente con los confesores de turno porque ninguno de ellos llegaba a calar en lo íntimo de su corazón y en lo que ella buscaba desde joven.

20. Rosa Mercedes había escrito, por fin, una carta con fecha 22 de junio a los superiores de la Congregación.



hermana tendrá estos pensamientos?... Deben existir otros más convincentes, pues estas razones yo no las acepto.

A lo que la joven contestó:

—Amo mucho a mis superiores y a mi familia religiosa. Éste es el principal motivo de mi lucha.

—Sí, querida —le replicó la superiora—; pero Dios debe estar por encima de todo.

—Eso es verdad, querida Madre —contestó Rosa—. Por eso trato de alejar los pensamientos que me obsesionan, y no lo consigo.

El año nuevo comenzó muy triste para la hija de los Castañeda y Coello. El día 4 de enero el P. Javier Simón, confesor ordinario de la comunidad, le llamó y le dijo:

—Os esperaba. Es preciso que partáis antes de entrar en Ejercicios espirituales.

Al día siguiente, a las siete de la tarde, víspera de la Epifanía, Rosa vio, al igual que los Reyes Magos, la estrella del buen camino. Ya no lo dudó un instante. La suerte estaba echada. Amanecía para ella una nueva Epifanía.

El 22 del mismo mes se cumplía el diecisiete aniversario de su entrada en el convento de las clarisas de Lima. ¡Qué lejana estaba ya aquella fecha! Aquel día de 1879 caía también en martes; día consagrado a la devoción particular de San Antonio, uno de los santos más gloriosos de la Orden seráfica y cuya imagen Rosa llevará siempre consigo. El 29 del mismo mes, el P. Vicario General tuvo de nuevo otra conversación con ella:

—¿Os habéis dado cuenta de que os estáis metiendo en un asunto muy peligroso?

A lo que contestó muy serena:

—He pensado en ello, padre mío. Quiero que sepa que este asunto me está costando muchas lágrimas. Abandonar la Sagrada Familia supone para mí un gran sacrificio; acaso mayor que el que tuve que hacer cuando abandoné mi familia en Lima para hacerme religiosa clarisa.

—En fin, hija, que Dios os ilumine, os guíe siempre, y que todo sea para vuestra salvación. Fueron las últimas palabras del superior.

En la comunidad de la Sagrada Familia acababa de recibirse un telegrama urgente: la señora de Sanz comunicaba a Rosa Mercedes que la estaba esperando con los brazos abiertos.

## b) *En Roma arreglaré mis asuntos*

Amanecía el 8 de febrero de 1895. «Día de agonía. Día de crucifixión.

Día de lágrimas. Día inolvidable», como escribe la M. Teresa del Sagrado Corazón. A las cinco y media de la mañana, la superiora del convento de la Sagrada Familia hizo llamar a Rosa Mercedes, la cual, ya en su presencia, le entregó el libro de las Reglas de la Congregación, al tiempo que se atrevió a pedirle le permitiera quedarse con el de Oraciones. Cosa que le fue negada. Luego le preguntó:

—Y en relación con vuestros votos, ¿cómo os encontráis?

—He hablado con el P. General —le contestó la joven— y ahora voy a arreglar este asunto directamente con él. Por lo demás, tengo la intención de seguir guardando mis votos.

A las once de la mañana de aquel mismo día se encontraba ante el bondadoso <sup>21</sup> Rvdmo. P. Fabre, el cual, conocidos sus propósitos, le preguntó:

—¿Y desde París, ¿dónde pensáis dirigiros?

—A Roma, padre mío. Allí arreglaré mis asuntos.

Ante esta respuesta tan firme, como inesperada, el superior replicó:

—Bien, hija mía. En virtud de los poderes que ostento y que me confieren las Constituciones, os dispense de vuestros votos. Comprendo que lo sentís en este momento, pero es mejor así y debéis comprenderlo. Conviene hacer bien las cosas y dejarlo todo en regla.

Cuando Rosa mandó llamar al citado P. Simón, éste le envió por medio de una religiosa una respuesta que nunca esperaba:

—Dígale que ya le he dado el último «adiós» y que no tiene necesidad de verme de nuevo.

Rosa no pudo por menos de exclamar: «¡Dios mío, qué decepción en mi corazón! Son estas horas en las cuales el dolor despedazante sólo puede ser conocido y comprendido por Vos».

Sin embargo, el P. Simón debió pensar el daño que hacía a su dirigida y cambió de propósito. Cuando, pasado un rato, salió en su busca, le dijo:

—No me gusta que salgáis con ese aire. Además, parece que queréis entrar de nuevo en las clarisas.

—Eso será, padre mío —le contestó Rosa— solamente en última instancia. Mi deseo es ir a Roma y someter mi plan al Santo Padre. Será un último y supremo esfuerzo en favor de mis indios.

Y como la conversación, por fuerza, tenía que ser breve, nuestra ilustre peruana agradeció a su confesor cuanto había hecho en favor de su alma y en horas tan difíciles para su vida. Respetuosamente se despidió de él y le deseó lo mejor para su labor de director de almas. Rosa Mercedes era una mujer de carácter y bien lo demostraba con todos.

21. De este modo llama M. Teresa al Rvdmo. P. Fabre, General de la Sagrada Familia.

Llegada la noche y terminada la cena, la señorita Charlot entregó a Rosa el dinero de que disponía, que no era mucho, y también el reloj. Luego le hizo firmar una declaración de cómo no tenía nada que reclamar a la Congregación y le pidió el anillo de religiosa.

La muchacha, aunque dolorida por esta nueva prueba, no dijo una sola palabra. Se fue a buscar a la M. Gellibert <sup>22</sup>, religiosa prudente y bondadosa, que había sabido comprender como ninguna a nuestra inquieta y angustiada protagonista, y se despidió de ella con el corazón deshecho y echa un mar de lágrimas. Después, sin esperar por más tiempo, salió corriendo de la estancia en que se encontraba y subió a la diligencia que le estaba esperando en la calle.

El tren de París salía a las cinco cincuenta. Sola, en el departamento de mujeres, dio rienda suelta a sus lágrimas. Su corazón sufría, pero su alma permanecía serena. Es verdad que iba rumbo a lo desconocido, mas confiaba en el Señor que era quien la guiaba.

Llegada a París, y ya en casa de la familia amiga, fue presentada a un grupo de amigos. Momentos después, la señora Sanz la condujo a la habitación que le tenía preparada. Una habitación lujosa y confortable.

A la hora de la cena, la misma señora vino a buscarla y la invitó a la fiesta de sociedad que iba a dar en su propia casa su hija Inés. Durante la cena, Madam de Sanz presentó su ilustre huésped a sus invitados. Todos quedaron enterados de que acababa de salir del convento. Serían las diez de la noche cuando Rosa se retiró a descansar.

Rosa preparaba su viaje a la Ciudad Eterna. El día 22 del citado mes de febrero de 1895 tuvo la satisfacción de entrar en contacto con el Nuncio Apostólico en París, Monseñor Ferrata, el cual quedó prendado de la cultura, educación y elegantes maneras de la hija de don Juan de Castañeda.

Indudablemente, Rosa se estaba convirtiendo en un personaje importante. Porque resulta que, pocos días más tarde de aquella primera entrevista con el señor Nuncio, Rosa fue invitada a la mesa en su compañía y sentada justamente a su lado. Terminada la comida, Monseñor Ferrata le suplicó que acudiera a la Nunciatura «para hablar de sus asuntos» más agusto los dos y en la intimidad.

El diplomático de la Santa Sede, después de escuchar a Rosa, le puso algunos reparos a lo que pretendía, pero le prometió ayudarla a ir esclareciendo su problema, rogándole encarecidamente que no se embarcara para el Perú, sin pasar antes por París y darle cuenta de los resultados de sus negociaciones en Roma.

---

22. Esta religiosa, que recuerda de un modo especial la M. Teresa, ocupaba el cargo de primera Asistente general.

Rosa le pidió cartas de recomendación para poder recibir la bendición del Santo Padre. A lo que Mons. Ferrata accedió de buen grado, al tiempo que le dijo:

—A vuestro regreso de Roma, podré decir: «La pequeña Rosa triunfó». No dejéis de volver a visitarme.

Todavía le quedaban algunos días para conocer París de la mano y guía de su amiga Inés Sanz.

El día primero de marzo de aquel histórico, para ella, 1895, a las ocho y media de la tarde, Rosa se encaminó a la estación. Poco después, el tren expreso partía para la Ciudad Eterna.

### c) *Cumpliendo la voluntad de Dios en Roma*

En uno de los libros existentes en el Archivo generalicio de la Congregación de Reparadoras del Sagrado Corazón<sup>23</sup>, Madre Teresa cuenta que, después de maduro examen, por orden terminante del confesor y con el beneplácito de los superiores, el día 8 de febrero de 1895 había salido de la Sagrada Familia para ir a Roma y someter allí su plan al Vicario de Cristo y al P. General de la Orden de San Francisco. En el trono de Pedro se sentaba entonces Su Santidad el Papa León XIII.

Ya en Roma, el franciscano P. Leonardo Cortés le alojó en las hermanas Misioneras de María, situadas en la Vía Giusti, número 12. Apenas había salido del asombro que produce la Ciudad Eterna, cuando se llega a ella por primera vez, una de las religiosas le ofreció un billete para que pudiera asistir a la ceremonia del aniversario de la coronación del Santo Padre.

Rosa Mercedes acudió al Vaticano en coche y acompañada de otras tres hermanas. Las tres se mostraron muy alegres y amables con ella. Y como ocurre siempre en estos casos, les tocó esperar una hora, pues se habían adelantado para coger «un buen puesto», como leemos en el *Diario íntimo*. De pronto, la guardia palatina recibió la orden de presentar armas. Comenzó el desfile regio. En el salón reinaba un silencio impresionante. Pasaba solemnemente el Cuerpo diplomático, los canónigos de la basílica de San Pedro, superiores generales de Congregaciones y Órdenes religiosas, Prelados, Obispos, el Sacro Colegio Cardenalicio y, finalmente, la figura venerable del augusto Pontífice, el Papa León XIII, que apareció sentado en la silla gestatoria.

Al hacer su entrada en el amplio salón, abarrotado de gente, un grito es-

---

23. El libro manuscrito de puño y letra de la fundadora se titula *Instituto de Religiosas Franciscanas Reparadoras del Sagrado Corazón*, fundado en Lima el 17 de marzo de 1895.

pontáneo se elevó de aquella muchedumbre, que había permanecido en silencio hasta este preciso momento. En los espacios vaticanos se oyó una fuerte voz: «¡Viva el Papa!». Rosa, toda emocionada, no pudo contener las lágrimas. Su corazón estaba profundamente conmovido y su alma inundada de un dulce y legítimo gozo. Al tiempo de recibir la bendición del augusto Pontífice, se acordó de su familia, de sus amigos de París, de su patria amada, de sus amados «indios».

A las dos y media de la tarde regresaba a la residencia, con el alma llena de agradecimiento hacia Dios, que le había favorecido tan visiblemente como a un «infant gate»<sup>24</sup>.

Ahora, a esperar la palabra del sabio y santo Pontífice. Rosa, en estos momentos, sólo confiaba en el Papa. Lo único que deseaba de verdad era escuchar las palabras alentadoras de León XIII y recibir su bendición como garantía de buen éxito para sus proyectos en el futuro.

Se acercaba el día señalado. Monseñor Cagiano de Azevedo envió a Rosa Mercedes un billete para asistir a la misa privada del Papa, de cuyas manos podría recibir la sagrada comunión. Todo ocurrió el domingo 17 de marzo del citado año 1895. Muy de mañana, nuestra protagonista se dirigió al Vaticano. Uno de los camareros del Santo Padre tomó el billete de manos de la invitada y le ordenó que le siguiera. En la capilla privada de Su Santidad todo estaba a punto. El Papa se hallaba arrodillado en un reclinatorio de terciopelo rojo y oraba con las manos juntas y los ojos cerrados. Después, le pusieron delante un Misal por el que recitó las plegarias previas al Santo Sacrificio. Acto seguido, se revistió de los ornamentos sagrados.

Rosa Mercedes no se perdió un detalle y estuvo más recogida que nunca durante la Misa. Se sentía feliz, después de recibir la comunión de manos del Papa. Aquella comunión la ofreció por las necesidades de su familia y por el restablecimiento de la paz en el Perú. Aprovechó esta circunstancia para consagrarse de nuevo al Sagrado Corazón de Jesús y le prometió trabajar por el advenimiento de su reino entre sus compatriotas.

Después llegaría el momento emocionado de presentación ante el Romano Pontífice. Monseñor Cagiano fue encargado de hacerlo:

—Santidad, la señorita Rosa Mercedes de Castañeda. Es del Perú y viene muy recomendada por Monseñor Ferrata.

Rosa besó los pies y la mano del Papa. León XIII le dijo:

—Ah, vos sois la religiosa de quien me han hablado.

—Sí, Santísimo Padre.

---

24. La expresión en lengua francesa es de la propia Rosa Mercedes.

—¿Y qué es lo que deseáis hacer?

—Fundar un Instituto que tenga por fin la reparación y el apostolado.

—¿Y dónde pensáis hacer esto, en el Perú, o en Francia?

—Santísimo Padre, donde Vuestra Santidad quiera.

En aquel momento, el Papa, que había estado inclinado hacia Rosa, se endereza y con gran dignidad, tomando las manos de nuestra futura fundadora entre las suyas, con ternura de padre, le dijo:

—Pues bien, hija mía: «vos iréis al Perú, pero todo el infierno se desencadenará contra vos. El demonio suscitará allí muchas contrariedades, verdaderas tempestades. Pero no temáis. Dios estará con vos. Id adelante. Avanzad a toda costa. Sed fuerte y no os desaniméis jamás. No cedáis jamás. Sed religiosa e id, a pesar de todo y contra todos. Dios os ayudará. Sed religiosa, manteneos firme. Sed religiosa, sed religiosa».

Rosa ya no tenía duda alguna. Sería reparadora del Sagrado Corazón. Pero las dificultades que tendrá que ir superando sólo las conoce quien haya leído detenidamente su *Diario*, escrito en varios cuadernos, en letra apretada, menuda, y parte de ellos en francés <sup>25</sup>.

### III. A LIMA, IMAGINATIVA Y CREADORA

#### a) *En busca de casa propia*

El periódico limeño «El País» recogía en grandes titulares la noticia de la toma de hábito en la llamada «Alameda de los Descalzos» de las primeras Reparadoras del Sagrado Corazón. Consignaba, también, que las madrinas de la ceremonia habían sido damas de alta sociedad limeña, cual correspondía a la fundadora, Madre Teresa del Sagrado Corazón, en el mundo Rosa Mercedes de Castañeda y Coello. Y añadía que «las religiosas se manifestaban muy animadas». El reportero terminaba su crónica deseando a las novicias «perseverancia y celo en el escabroso camino por donde se llega a la mansión de los buenos» <sup>26</sup>.

25. Efectivamente, en la Casa generalicia de Roma existen hoy todos estos cuadernos, hasta un total de cuarenta. Los nueve primeros están escritos en francés. El resto, en perfecto español. Por cierto, que lo publicado por *El P. Valentini* en su librito *Madre Teresa del Sagrado Corazón*, sobre este mismo *Diario*, sólo comprende el primer cuaderno y éste no entero, pues llega exactamente hasta el día 17 de marzo de 1895, día memorable en que la M. Teresa del Sagrado Corazón se entrevistó con el Papa León XIII. Este primer cuaderno llega hasta el día 19 de mayo del mismo año 1895.

26. Cuantas veces hagamos referencia, como en este caso, a noticias aparecidas en la prensa, lo haremos a base de los recortes de periódico que la misma fundadora del Instituto reparador

Pero aquello que era de verdad «una buena noticia», no significaba más que el comienzo en casa prestada. Muy pronto, M. Teresa <sup>27</sup>, activa y emprendedora, se va a dirigir a las autoridades eclesiásticas y civiles pidiendo que les conceda un casa amplia y que fuera propiedad del nuevo Instituto reparador.

El 11 de marzo de 1896 se dirigía al señor arzobispo de Lima exponiendo, «sencilla y llanamente» —como ella misma dice—, su ardiente deseo de trabajar para la gloria de Dios y bien de las almas. Para ello, tiene necesidad de una casa propia y holgada, «aunque sea pobre», donde se puedan formar las novicias y profesas, llevando una vida común con decoro.

Una semana más tarde, el ya conocido P. Leonardo Cortés, que había sido destinado a Lima, era nombrado por el propio señor arzobispo censor de los Estatutos de la Congregación de Reparadoras del Sagrado Corazón. El día 26 del mismo mes de marzo nuestro activo religioso franciscano daba el «visto bueno» a los mismos, y el 28 eran aprobados por el prelado de la diócesis.

De nuevo la prensa limeña recogió este pequeño acontecimiento en la página de actualidad, donde se destacaba la rica personalidad del P. Cortés, misionero apostólico y Ex-definidor de la Orden seráfica. Destacaba igualmente el fin que se proponían las nuevas religiosas que era «esencialmente apostólico, en bien de la humanidad», contando entre sus obras de celo «la asistencia a los enfermos» <sup>28</sup>.

La Fundadora pensó, en un principio, en el local llamado de *Santa Liberata*, propiedad del señor arzobispo, y que servía solamente para guardar el coche y los caballos del prelado. Para no perjudicar lo más mínimo los intereses de la Curia, M. Teresa proponía un pequeño arrendamiento por el mencionado local <sup>29</sup>. Pero como Monseñor Tovar no estaba por el agosto, las Reparadoras tuvieron que llamar a otra puerta <sup>30</sup>.

Se dirigió entonces a la primera magistratura civil de la República, pidiéndole la casa denominada *Monserate*, la cual, años atrás, el general Morales Bermúdez la había donado a una señora de nacionalidad francesa. M. Teresa confiaba «en la catolicidad y nobles sentimientos que caracterizaban al presidente de la República», al que exponía «los fines altamente humanita-

---

fue recogiendo con singular cuidado y conservando en un album, grande, tamaño folio, que se guarda en el Archivo generalicio de Roma, y que hemos tenido el gusto de leer y admirar.

27. En adelante, la llamaremos siempre así; salvo en los casos en que la buena redacción de este estudio exija el recuerdo de la hija de los Castañeda y Coello.

28. Esta noticia fue publicada en «La Revista Católica»; y también en el periódico de Lima, titulado «El País».

29. *Registro de Correspondencia oficial y diversa*. A.G.R., núm. 1, f. 47.

30. *Ibid.*, f. 48-51.

rios» que la nueva Congregación se proponía llevar a cabo «en bien y provecho de todas las clases sociales»<sup>31</sup>.

Estas mismas motivaciones las encontramos en la petición que dirige al gobierno de la República, con fecha 23 de julio del mismo 1896, y en la que exalta las virtudes del señor presidente, entonces don Nicolás de Piérola, el cual ha de ser, según su admiradora, «una gloria de la patria».

Y como, al parecer, el señor arzobispo se halla enojado por el atrevimiento de la M. Teresa al pedirle el local de *Santa Liberata*, la fundadora de las Reparadoras le escribe diciéndole, entre otras cosas: «No se enoje, Monseñor, contra estas pobres hormiguitas. No se enoje por lo que pueda parecer tenacidad y porfía. No es eso. Lo protesto. No es falta de respeto ni de consideración a la dignísima persona de V.S. Es, sí, la insistencia de la pobre «cananea», fundada en la confianza en Dios, primero, y también en el buen corazón de V.S. Ilma»<sup>32</sup>.

#### b) *En San Pedro Nolasco*

Con fecha 13 de diciembre de 1897, la M. Teresa escribía a su buen amigo y excelente diplomático de la Santa Sede, Monseñor Ferrata, todavía residente en París, dándole cuenta de la marcha de la obra. En esta carta se adelanta a los acontecimientos con una visión clarividente del futuro, y ya en fecha tan temprana se atreve a llamarle «nuestro primer Cardenal Protector», como así habría de suceder. «A Dios gracias, el progreso del Instituto —le dice— va efectuándose real y sólidamente. Desde el 21 de abril último, ocupamos un local bastante extenso, dado por el Estado. Es un antiguo convento de la Orden de la Merced, con una muy regular capilla. El local, aunque ruinoso, lo iremos levantando poco a poco mediante la protección divina». Y más adelante, añade: «Nuestra Institución cae simpática al público. Desde el mes de junio, estamos ejerciendo nuestra misión de *asistencia de enfermos a domicilio* y la sociedad, a medida que vaya conociéndola más, apreciará mejor los abnegados servicios que le prestamos, y nos favorecerá de un modo más positivo. Mientras tanto, estamos sufriendo las contingencias de una obra naciente y nueva en el país». La larga carta finaliza pidiendo encarecida y devotamente la bendición del cardenal amigo, que le sirva de consuelo, de fortaleza y de aliento en el camino.

leyendo en el *Diario* de la M. Teresa, nos enteramos de que ya por el año de 1896 andaba tramitando la consecución de la casa de San Pedro Nolasco.

---

31. *Ibid.*, f. 37.

32. *Ibid.*, f. 89.



Precisamente, el día primero de este mismo año consignaba que, después de mediodía, la esposa del señor presidente de la República le hizo llamar urgentemente a palacio. Era entonces primer magistrado del Perú don Nicolás de Piérola, el cual saludó amablemente a la fundadora de la Reparación, con palabras de exquisita cortesía, al tiempo que le expresó los deseos que tenía su esposa de hablar con ella <sup>33</sup>.

La señora de Piérola le anunció que ya había encontrado un local para sus religiosas: el de San Pedro Nolasco. «El señor presidente me ha dicho —añadió toda complacida— que puede usted hacer la petición concerniente, sin que tenga que decir ni una sola palabra al señor ministro de Cultos» <sup>34</sup>.

M. Teresa le dio las gracias y le hizo ver la dificultad en que se encontraba para hacer dicha petición, pues estaba enterada de que el señor arzobispo se oponía a que ocuparan este antiguo convento las religiosas reparadoras. Por lo que, siempre agradecida, se retiró sin darle una respuesta afirmativa.

Pensando las cosas con serenidad, le pareció prudente consultar el caso con el señor Nuncio, a la sazón Monseñor Macchi, el cual le dijo que podía hacer dicha petición, pero con delicadeza y bajo una forma que no fuera estable, es decir, de un modo provisional, y solamente por un año. Consejo éste demasiado prudente y casi maquiavélico, a juicio de nuestra ilustre peruana.

Consultando, también, al P. Leonardo Cortés, ante las dificultades que éste le presentó, M. Teresa sólo pudo replicar:

—Está bien, padre mío. En adelante, quizá ya no tengamos otra cosa que hacer que rezar mucho <sup>35</sup>.

Pero ella no se conforma con rezar. Sabe que Dios quiere que el hombre actúe. Y así, se gana la amistad y confianza de Eva María de Piérola, la hija del señor presidente de la República, la cual intercede en su favor, hasta el punto de que por parte de éste no hay ningún inconveniente en que ocupen San Pedro Nolasco. El único inconveniente está en Monseñor Tovar, arzobispo de Lima.

Las cosas llegaron a tal punto, que don Nicolás de Piérola estaba dispuesto a trasladar a las religiosas, aunque fuera por medio de la fuerza pública.

Por su parte, el señor Nuncio Apostólico, que conocía la voluntad del primer mandatario del Perú, apoyaba la solicitud de la M. Teresa.

—Entre usted por la ventana —le dijo—, si es que no le dejan entrar por la puerta.

---

33. Don Nicolás de Piérola nació en Cumaná y murió en Lima el año 1913. Nacido en el seno de la vieja oligarquía, fundó el diario *El tiempo*, conservador y clerical. Después de ser ministro de Hacienda y fundar el partido demócrata, fue Presidente de la República peruana desde el año 1895 al 1899.

34. *Diario íntimo* de la M. Teresa del Sagrado Corazón, cuaderno 4.

35. *Ibid.*

Así las cosas, llegamos al 17 de marzo de 1897. Aquel día amaneció radiante de luz. Todos los corazones latían al unísono llenos de gozo. Era la fecha de la renovación de votos y también el día en que se les anunció a las religiosas reparadoras que, ante la actitud decidida y tajante del señor presidente de la República de que ocuparan San Pedro Nolasco, Monseñor Tovar estaba dispuesto a ceder.

M. Teresa, al escuchar tan grata noticia, solamente supo decir estas palabras: «¡Sursum corda! ¡Arriba los corazones!».

La última batalla a librar era la del antiguo capellán de la casa, reverendo Heredia, el cual no veía con buenos ojos a sus nuevas inquilinas <sup>36</sup>. Por fin, el miércoles, día 21 de abril de aquel memorable 1897, las hermanas reparadoras del Sagrado Corazón pudieron instalarse en su nueva residencia.

La verdad es que estaba todo por hacer. San Pedro Nolasco era una casa en ruinas y no tenían dinero ni para comenzar siquiera la restauración de la capilla. Tan en ruinas estaba que, según leemos en el *Diario* de la fundadora de la reparación, paseando un día después de comer M. Teresa, sintió de pronto un ruido extraño que le hizo retirarse rápidamente. Apenas se había alejado del viejo claustro, cuando vio con asombro que éste se venía todo él abajo, salvándose ella milagrosamente de ser enterrada viva entre el maderamen y los escombros. La comunidad, que se encontraba entonces en recreo, corrió en dirección del estruendo, encontrándose a su superiora envuelta en polvo y sin habla, debido a la fuerte impresión que había recibido.

Pasado el susto, todas se dirigieron a la capilla provisional y entonaron un *Magnificat*, dando gracias a Dios por haber escapado del peligro.

Pero las religiosas reparadoras se encontraban instaladas en San Pedro Nolasco, que era lo que importaba. La «Revista Católica» de Lima se había hecho eco de la entrega del mismo por parte del Gobierno; entrega que fue efectuada por don Ricardo Aranda, director del Ministerio de Justicia y Culto. Este mismo medio de comunicación pedía donativos a las almas generosas y nobles, y rogaba a Dios bendijera los esfuerzos que estaban haciendo las religiosas reparadoras para alivio de las gentes desgraciadas.

M. Teresa no se había olvidado de dar las gracias al señor presidente de la República. «Profundamente agradecidas por este insigne favor, permítanos, Excmo. Señor —le dice— expresarle nuestra viva y más religiosa gratitud, comunicándole, al mismo tiempo, la providencial coincidencia de haber sido

---

36. En el *Diario íntimo*, que seguimos de cerca, la fundadora del Instituto reparador se extiende en relatar las continuas visitas que Sor Antonia de Jesús tuvo que hacer al capellán; lo displicente que éste se mostró siempre con ella y con la otra hermana que le acompañaba, Sor Magdalena; lo que tuvieron que luchar hasta verse instaladas definitivamente en aquel deseado lugar.

aprobada por la Santa Sede la fundación de este Instituto peruano, el mismo día del triunfo de las armas de V. Ex., el 17 de marzo de 1895.

Hoy, al recibir de V. Ex. la prueba de su benevolencia para con nosotras, no podemos sino proclamarlo nuestro grande e ilustre protector, ante quien depositamos el homenaje de nuestro agradecimiento»<sup>37</sup>.

Día hermoso y memorable para el Instituto de Hermanas Reparadoras aquel 15 de octubre de 1908. El derruido y viejo templo de San Pedro Nolasco ha sido debidamente restaurado y se llamará, en adelante, el templo de *Jesús Reparador*, por concesión expresa del señor arzobispo, García Naranjo. La bendición corrió a cargo de Mons. Manuel Segundo Ballón, antiguo obispo de Arequipa y más tarde titular de Aravisso. El prelado de la diócesis impartió por la tarde de aquel mismo día la bendición con el Santísimo Sacramento.

### c) *En Huancavelica*

La fundación de Huancavelica fue obra, en gran parte, de los deseos de María Teresa de Larrauri y de Natividad Alarco de Larrauri, ambas primas hermanas y, a la vez, cuñadas; las cuales instaron a las religiosas reparadoras a que se hicieran cargo del hospital de aquella ciudad desde el mes de diciembre del año 1905.

Posteriormente los deseos se dirigieron hacia la dirección de un colegio. «Instantemente solicitadas por los Ilmos. Sres. Representantes de la provincia de Huancavelica —leemos en el *Libro del Colegio*— para dirigir un colegio en esta ciudad, hemos declinado la benévola elección que de nosotras se habían dignado hacer esos señores, dejando que gestionaran primero ante S. Sa. Ilma. y Dma. la realización de sus deseos»<sup>38</sup>.

M. Teresa cree oportuno quedarse unos días con esta nueva comunidad y así lo expone al prelado, pidiendo el debido permiso. Monseñor Fidel Olivas Escudero, obispo de Ayacucho, le concede su más pleno consentimiento para el traslado de cuatro religiosas a su ciudad, al tiempo que le promete hacer cuanto esté de su parte «por el bien de ellas y un sólido establecimiento en aquella zona del centro peruano».

Los móviles de esta institución los dejaba patentes la fundadora en la solicitud que presentaba días más tarde al mismo prelado. En ella se refiere «a la urgente necesidad de atender al bien de muchos compatriotas del Centro»<sup>39</sup>.

37. *Registro de Correspondencia...*, núm. 1, f. 84-85. «El triunfo de las armas» a que se refiere M. Teresa no es otro que «la guerra de guerrillas», que Piérola había organizado en 1894, y que, poniéndose al frente de «los civilistas» le llevó a entrar triunfalmente en Lima el 17 de marzo de 1895, acabando con el militarismo

38. *Libro del Colegio de Huancavelica*, p. 7-8.

39. *Ibid.*, p. 20-22.

Monseñor Olivas Escudero extendió al día siguiente un decreto por el que «con el mayor regocijo de su corazón» —según leemos textualmente—, se aviene a conceder la licencia de fundación.

El día 20 de junio de 1906 se encontraban ya nuestras hermanas reparadoras en la ciudad de Huancavelica. Cinco hermosos caballos las esperaban, ricamente enjaezados, a la entrada de la ciudad. Y una comisión, compuesta por tres señores, salió a su encuentro, llevando el saludo de la misma. Un poco más adelante, otra comisión, formada por un grupo de estudiantes, les ofrecía sus congratulaciones.

Toda Huancavelica estaba reunida para dar la bienvenida a las religiosas. La banda de música dejó oír sus mejores acordes y las campanas de las iglesias fueron volteadas con júbilo. Las calles aparecían tapizadas de flores y en algunos lugares de las mismas se habían levantado arcos de triunfo alusivos al acto.

Entre lluvia de flores, fueron conducidas a la plaza de San Cristóbal. Nunca en Huancavelica había ocurrido cosa igual. Las hermanas se hospedaron en casa de los citados Larrauri. Una vez que las dejaron solas, se arrodillaron a los pies de un crucifijo. Estaban sencillamente emocionadas y muy lejos de pensar lo que les vendría encima.

Al día siguiente, Monseñor Olivas Escudero iniciaba su visita pastoral a la diócesis, comenzando por Huancavelica. Con este motivo, invitó a M. Teresa a una audiencia particular, junto con las demás religiosas, a las que recibió con la amabilidad de un verdadero padre.

Las hermanas reparadoras quedaron instaladas como comunidad el día 2 de agosto de 1909. Cuatro fechas más adelante, la M. María de la Paz fue nombrada superiora. Don Manuel M. Cano, gobernador eclesiástico de Huancavelica, bendijo el convento y estableció la media clausura que mandan los cánones.

Pero la fundación de Huancavelica, que había comenzado con tan buenos augurios, no tendría buen fin. M. Teresa se adelantó a los tristes acontecimientos que tuvieron lugar el 23 de septiembre de 1910, cuando, en la visita que efectuó por el mes de diciembre de 1906, escribió lo siguiente: «No augurando esta obra un porvenir halagüeño; teniendo, además, en cuenta los muchos sacrificios que se tienen que hacer en lugares como éste, tan desprovistos de todos los recursos, se prevé la clausura de esta obra en época quizá no lejana».

Cuatro años estuvo abierto este pequeño colegio, por el que pasaron más de doscientas alumnas de familias humildes y necesitadas. El colegio se cerró por varias causas. Entre otras, por la escasez de personal, enfermedad de algunas religiosas y, sobre todo, por la falta de recursos económicos al suprimir el gobierno de la República la subvención que le había asignado en un principio.

d) *En Ayacucho*

La fundación de Ayacucho arrancaba de aquel día y hora del mes de junio de 1906 en que, coincidiendo la llegada de las religiosas reparadoras a la ciudad de Huancavelica con la visita pastoral del señor obispo de la diócesis —según acabamos de ver—, éste rogó a la M. Teresa que, por todos los medios, consiguiera instalar a sus monjas en la ciudad de su residencia habitual, es decir, Ayacucho.

Le ofrecía una pensión mensual de quince soles para cada religiosa; dieciséis para el capellán y doce para el gasto del culto. Ante estas perspectivas, la Madre fundadora le ofreció cinco religiosas: tres de coro y dos hermanas conversas.

Así las cosas, el día 12 de noviembre del citado año 1906, se celebró una misa, muy de mañana, en el convento de Lima, de donde salieron camino de la nueva fundación la M. General y cinco hermanas, entre ellas la M. María del Consuelo. Recibida la sagrada comunión, M. Teresa les dio su bendición y se dispuso a hacer con ellas esta nueva singladura.

El tren las condujo primeramente hasta Huari. Atrás quedaba «aquel santuario bendito de tantos recuerdos y alegrías» y donde habían pasado horas de bonanza y de paz. Pero el deseo de reparación se sobreponía a toda nostalgia, y todas iban animadas con las palabras oídas a su fundadora: «Dios solo en la mira, y nosotras en el sacrificio»<sup>40</sup>.

El viaje constituyó una verdadera odisea, que nos cuenta en su *Diario* la propia M. Teresa. Cuando llegaron a la citada Huari, se encontraron con que no tenía alojamiento en el hotel por estar todo él ocupado por los oficiales del ejército que estaban allí de maniobras con sus tropas. Se alojaron como pudieron, aguantando las «palabrotas» de los oficiales y tratando de descansar en dos viejos catres, llenos «de animalitos que picaban tan fuerte —leemos—, que las hacían brincar impensadamente»<sup>41</sup>. Gran parte del viaje tuvieron que hacerlo montadas en cabalgaduras; cosa que algunas de ellas no habían hecho en su vida. Menos mal que, en medio de los incidentes y dificultades, no faltó el buen humor. M. Teresa iba la última de todas para no perder de vista a ninguna. Al fijarse en una de ellas, M. María de San José, tan gordita que llenaba todo el caballo, le dijo:

40. El gracioso relato que narra las peripecias de este viaje, al llegar aquí, ya no es obra de la M. María de la Paz, sino de su compañera y hermana de hábito, M. María del Consuelo. Lo cual es fácil de comprobar por la misma letra, que es muy distinta a la anterior, y por testimonios de esta fiel colaboradora de la M. Teresa del Sagrado Corazón.

41. La reportera de circunstancias no nos dice cómo se llamaban estos molestos «animalitos»; pero nos imaginamos que se trate de las clásica «chinchés».

—Hija mía, parece usted una «ceronera», y sólo le falta ponerse a pregonar: ¡melones!, ¡melones!, ¡melones!... ¡Sandías y melones!...

Por fin, recalaron en la finca de los señores Álvarez Calderón, donde pasaron la noche espléndidamente agasajadas. Una bonita yegua, por nombre «Perla», le fue cedida a M. Teresa por la propia familia para que continuara mejor su viaje y hasta el regreso de Ayacucho.

Salieron luego para Pacasmayo, y desde esta ciudad se encaminaron a Jauja. De aquí se dirigieron a Marcavalle, hasta arribar al pueblo de Santa Rosa de Altura, pasando algunos incidentes y con mucha sed durante toda la travesía.

El día 15 de diciembre del citado 1906 llegaron a su meta de destino. Muchas cosas tenían que hacer en la ciudad de Ayacucho. El local destinado para las religiosas era el antiguo convento de los llamados «crucíferos», con su iglesia denominada «La Buena Muerte». El domingo día 17 Monseñor Olivas Escudero quiso saber quién iba a ser la superiora de la comunidad. M. Teresa del Sagrado Corazón había guardado hasta entonces el secreto, pero las hermanas sabían que no podía ser otra que la M. María del Consuelo. Al ser notificado el prelado de este nombramiento, llamó a nuestra religiosa y la hizo sentar a su lado. Aquellas Navidades las pasaron entre visitas de muchas personas, proyectos del nuevo colegio y limpieza de la casa.

Por su parte la M. General celebraba sus *Bodas de Plata* de vida religiosa estando todavía en Ayacucho. La fecha aniversario era la del 22 de enero de 1907. El domingo, 17 de marzo, fue inaugurado solemnemente el colegio, con la asistencia del señor obispo, autoridades civiles y «gran número de caballeros y señoras de lo más distinguido de la sociedad, así como los padres y familiares de los alumnos». El citado señor obispo, Monseñor Escudero, pronunció en aquella ocasión un discurso que, a estas alturas, nos puede parecer exagerado y barroco de estilo y de tono; pero en aquel entonces cautivó al auditorio. «Mi corazón rebosa de la más pura alegría —dijo— al ver convertidas en bella realidad mis más ardientes inspiraciones: ornar la sede episcopal con un plantel modelo de educación para el bello sexo; plantel que debe ser un santuario de piedad, a la vez que un centro literario; un vergel de tiernas y hermosas plantas, a la vez que un taller del trabajo en obra de bellas artes, adecuadas a la condición de las mismas».

Y dirigiéndose luego a las religiosas, les dijo: «Ya estáis con nosotros. Ya os posee este piadoso departamento como a un tesoro inestimable; y por eso, ya muchos padres de familia han corrido presurosos para confiaros la educación de los pedazos de su corazón; de estos ángeles que sonrientes y llenos de júbilo os rodean en este momento, cual tiernos hijos a sus nuevas y bondadosas madres».

El largo discurso terminaba con un elogio al señor presidente de la República, al Departamento de Ayacucho y al Instituto reparador <sup>42</sup>.

La prensa peruana recogía en sus páginas la noticia con grandes titulares: *El Estandarte Católico*, órgano del obispado de Ayacucho, decía al final del reportaje: «Este importante plantel de enseñanza, fundación nueva debida a los laudables esfuerzos del Ilmo. y Rmo. obispo de la diócesis, colegio dirigido por la RR. MM. Reparadoras del Sagrado Corazón de Jesús, últimamente venidas a la capital, ha inaugurado sus labores el día 17 del mes corriente con un número crecido de alumnas, tanto internas, como externas.

La noticia fue recogida, igualmente, por *El Debate*, diario liberal de la localidad y por el periódico *La República*.

Sin embargo, en Ayacucho, al igual que en Huancavelica, no todo serían bellos discursos y solemnes inauguraciones. Las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles exigían mucho a las religiosas. Hasta el punto de que M. Teresa se vio obligada a escribir al prelado amigo y al que le dice, entre otras cosas: «A nosotras, las pobres monjas, se nos quiere atrofiar el criterio con sendas filípicas; pero a Dios debo no amedrantarme cuando se trata de mantener ileso la verdad. Por ella iré hasta el martirio».

#### e) *El colegio de Miraflores*

El día 17 de febrero de 1919 M. Teresa del Sagrado Corazón y su hermana Celinda, que había ingresado en el Instituto reparador con el nombre de M. Rosa Mercedes <sup>43</sup> se encaminaban a palacio para pedir al señor presidente de la República, ahora don José Pardo, una ayuda para la construcción de la iglesia del «Santísimo de Miraflores».

La citada M. Rosa Mercedes, pionera y cofundadora, junto con la M. Teresa del Sagrado Corazón, podría habernos contado muchas cosas sobre la creación de esta importante comunidad de Miraflores, en Lima.

Poco a poco se iba completando la obra. En el mes de mayo de 1925 se inauguró el coro para las religiosas y que servirá, al mismo tiempo, de capilla, donde van a tener lugar los cultos de reparación y el nacimiento de asociaciones piadosas que lo mantenían.

42. *Libro de fundación de Ayacucho*, f. 71 y s.

43. Debemos tener esto muy en cuenta para evitar, en lo futuro, confusiones entre las hermanas Castañeda. Cuando en nuestro trabajo citemos y hablemos de M. Rosa Mercedes, se trata de la hermana de la M. Teresa del Sagrado Corazón, la cual entró en el Instituto reparador, después de haber pertenecido a otra congregación religiosa. Al decidirse por este último, llevada de la veneración que profesaba a su hermana, tomó el mismo nombre que ésta llevaba en el siglo, es decir, el de Rosa Mercedes.

Y si en el convento primitivo de Lima hay que citar con elogio al religioso descalzo P. Hermenegildo de la Virgen del Carmen, en Miraflores <sup>44</sup> hay que nombrar al sacerdote secular Gustavo Kesling, director espiritual de la «Adoración Reparadora» <sup>45</sup>.

El nuevo templo de Miraflores fue bendecido solemnemente el día 17 de marzo de 1935 por Mons. Pedro Pascual Farfán, arzobispo de Lima. En el acto de ceremonia se encontraba Mons. Jerónimo Carranza, un grupo de religiosos pasionistas, el P. Provincial de la Orden de la Merced, sacerdotes lazaristas de la parroquia de Miraflores, Hermanos de la doctrina cristiana y cinco seminaristas diocesanos.

En 1949 el colegio de Miraflores contaba con diez hermanas reparadoras, de las cuales nueve eran maestras y estaban al cargo de la formación moral y vigilancia de las alumnas.

Este colegio, orgullo hoy de la Congregación, fue fundado el año 1912. Hasta el 1938, funcionó solamente a base de instrucción primaria. Después, fue abierto también para la secundaria. En el año 1949, un año antes de la muerte de la fundadora del Instituto reparador, contaba con cuatrocientos sesenta alumnos, repartidos en catorce secciones. Los niños estaban separados de las niñas <sup>46</sup>.

Una de las cosas que más ha llamado la atención de este colegio de Miraflores ha sido su formación religiosa, ya que, además de las horas obligatorias de la religión, el alumnado recibía media hora diaria de instrucción religiosa. Otra de las notas salientes de este centro de estudios reparador es que, además de atender rigurosamente a las asignaturas propuestas por el *Plan de Estudios* vigente, las alumnas aprenden toda clases de labores en cuero, corcho, cerámica y paja.

Finalmente, desde que fue inaugurado hasta el 1949 <sup>47</sup>, habían cursado sus estudios siete mil ciento noventa y nueve alumnos, de los cuales mil ochenta habían recibido enseñanza totalmente gratuita.

M. Teresa del Sagrado Corazón siguió, desde Roma, muy atenta los pasos de Miraflores. Es abundante la correspondencia que mantiene con su vicaria en el Perú, pidiéndole le tenga al día sobre la marcha del colegio. Madre

44. El colegio de Miraflores, el más hermoso e importante de todos los que tiene la Congregación en el Perú, está situado en el lujoso barrio del mismo nombre, es decir, Miraflores, en la misma Lima. Por lo tanto, es distinto al de Jesús Reparador, que mantienen todavía las hermanas en el corazón de la vieja ciudad colonial y al que nos hemos referido arriba.

45. Este celoso y sabio sacerdote, con el tiempo, dejó mucho que desear, hasta levantarse un día «con el santo y la limosna» de tan maravillosa obra.

46. Es curioso observar cómo la *Memoria* del colegio llama a estos niños «varoncitos».

47. En este año es cuando termina la *Memoria* del colegio y que nos ha servido de principal documento para este capítulo.



María de la Paz, digna sucesora de la fundadora desde 1951 a 1957, residió muchos años en el colegio de Miraflores y fue alma del mismo. Hasta el punto de que los *Libros de Actas* del colegio la llaman «venerada y amadísima Madre» y las religiosas que tuvieron la dicha de vivir con ella solamente tenían motivos de edificación y de continuo acicate en el cumplimiento de las reglas del Instituto <sup>48</sup>.

#### f) *En Chiclayo*

Corría el mes de julio de 1916. Con motivo de la visita que M. Teresa hacía a la primera dama del Perú, doña Carmen H. de Pardo, en su fiesta onomástica <sup>49</sup> el señor presidente le propuso una fundación en la ciudad de Chiclayo.

Entre los papeles sueltos encontrados en el *Archivo Generalicio* de la casa de Roma hay algunos documentos relativos al colegio de la Concepción, que es como se va a llamar esta nueva fundación reparadora. El 22 de mayo de 1920 el alcalde del Concejo distrital recibía una solicitud fundacional. La respuesta fue positiva, pero exigiendo algunos certificados que pedía la Constitución. El 10 de junio, Sor María de Nazareth recibía una carta de bienvenida de don Arturo Hurtado, entonces presidente de la Asociación Confederada de Unión y Progreso. Era un saludo y, al mismo tiempo, una felicitación por la feliz idea «de instituir en aquella histórica ciudad un colegio que, por su carácter, se dejaba sentir su necesidad desde años pretéritos para difundir la luz del saber».

Pero el colegio de Chiclayo sufrió una tremenda crisis interna, con escándalo en la ciudad. Por lo que hubo necesidad de ser cerrado apenas había comenzado a dar sus primeros pasos. Remansadas las aguas, este centro de estudios abriría de nuevo sus puertas, dispuesto a reparar el triste recuerdo que habían dejado algunas religiosas, las cuales terminaron por salir de la Congregación.

M. Teresa escribió, a este efecto, un largo *Memorandum*, compuesto de 39 artículos, en los que procuraba atar cabos sueltos y exigía la mayor obser-

---

48. Sobre la M. María de la Paz, puede consultarse el trabajo que publiqué en la revista «Archivo Agustiniiano», con el título *Cinco figuras ilustres en la historia de las reparadoras del S. Corazón*. Cf. «Archivo Agustiniiano», vol. LXVII, núm. 185, Año 1983, p. 315-353.

49. Por cierto, que en esta ocasión le había ganado la delantera el religioso agustino P. Vélez, famoso en Lima como hombre de letras y excelente director de almas, al que encontró M. Teresa conversando amistosamente con la señora del Presidente, y le recordó lo bien que había resultado el reparto de premios en el colegio de San Pedro Nolasco.

vancia de las Reglas a las hermanas que habrían de formar la nueva comunidad.

No estaba de Dios que el colegio de la Concepción de Chiclayo arribara a buen puerto. Volvió a fracasar esta segunda andadura, y todo quedó en buenos propósitos.

Lo mismo ocurriría en Oroya. Pequeñas iniciativas y grandes esperanzas. Pero fracaso al final. No fue por ganas del señor cura párroco de esta localidad, el cual, «conocedor de los fines laudabilísimos del Instituto Reparador», pedía a la M. Teresa del Sagrado Corazón se dignara fundar en aquella importante y populosa población un colegio, que era de extrema necesidad.

Esto ocurría por el mes de junio de 1925. M. Teresa se encontraba en Roma. Después de reflexionar mucho y dedicar largas horas de oración, envió a la vicaria un cablegrama negando el permiso solicitado.

La razón principal que aducía nuestra fundadora era que no quería exponer a sus religiosas «al efecto de unos humos mortíferos», cuales eran los de la industrial Oroya, aunque Sarapura —así se llamaba el citado párroco— dijera que los estaban condensando.

#### g) *En La Punta*

La casa de esta localidad cercana a Lima era propiedad de la M. Rosa Mercedes, la cual la había cedido generosamente a la Congregación. Como residencia religiosa fue inaugurada el día 4 de febrero de 1927. Esta fundación la hizo M. Teresa «trabajando como la última de sus hijas», según podemos leer en el *Libro de Actas*, y disponiéndolo todo para la instalación de las religiosas.

El ingeniero don Fernando Funchs, gran amigo de M. Teresa y unido por vínculos familiares a dos religiosas reparadoras, inspeccionó el local, declarando que se encontraba en perfectas condiciones de ser habitado, a falta de limpieza y acomodo para convento de religiosas. Pero reunía todas las condiciones higiénicas para poder instalar en él un pequeño colegio.

El informe pasó inmediatamente a la municipalidad. Pocos días más tarde, el señor cura párroco, Don Leocadio Mendoza, bendijo la nueva residencia, y el martes día 22 de febrero del mismo año 1927 fue matriculado el primer alumno, el niño Gustavo Carcelén.

Unas jornadas más tarde el mismo y citado señor cura párroco hizo la visita canónica a lo que iba a servir de oratorio, encontrándolo todo muy correcto, lo que comunicó al señor arzobispo para poder reservar el Santísimo Sacramento. La bendición solemne la haría días después, 26 de marzo, el propio prelado Monseñor Drinot, al que acompañó en la ceremonia el señor al-

calde de La Punta y los padrinos de honor que nunca faltaban en estas ocasiones.

El año 1942 quedó inaugurada la nueva casa, en la que se instalaron las clases superiores. Era toda de madera impermeable, pintada y decorada al óleo. El hermoso salón, cuyo techo estaba pintado con motivos religiosos, sirvió desde entonces de capilla. Una bella escalinata de mármol, con balaustrada y reja de hierro, conducía a la entrada de la misma. Y como estaba declarada capilla semipública, los fieles del pueblo asistían devotamente a los actos eucarísticos, al tiempo que contribuían a sus gastos. Fueron ellos, los fieles de La Punta, los que regalaron el espléndido y rico tabernáculo, con su manifestador de plata maciza y artísticamente labrado.

#### IV. FUNDADORA EN ROMA

##### a) *Rumbo a la Ciudad Eterna*

Incansable viajera, con ansias infinitas de propagar su obra —que era la obra de Dios— por todo el mundo, M. Teresa del Sagrado Corazón hacía un segundo viaje a Europa, pasando por Nueva York, esta vez no precisamente a Barcelona, como a su tiempo, veremos, sino rumbo a la Ciudad Eterna.

Eran los días del caluroso mes de agosto del año 1909. En la travesía le acompañaba la señorita Esther María de Letona. El vapor llevaba unos días de retraso, pero pronto avistaron el puerto de Panamá <sup>50</sup>. El día 24 del mismo mes siguieron rumbo a Nueva York. La singladura —según nos cuenta nuestra protagonista— fue del todo feliz hasta esta populosa ciudad. Mar en calma toda la travesía. Y un calor a veces insoportable.

Visitando un poco la gran urbe se llevaron sus gratas sorpresas. El domingo, día 29, se dirigieron a la iglesia de S. Stéfano para oír la Santa Misa. El templo aparecía abarrotado de fieles. Todos ellos, al tiempo de entrar habían pagado su silla, según costumbre habitual. Nuestras dos viajeras no lo sabían. Y al ver a la M. Teresa sin ella, algunos señores se disputaron el honor de cederle la suya. El *Diario* íntimo no nos cuenta si hicieron esto mismo con la señorita Letona. Lo que sí dice, con cierto énfasis, es que una y otra quedan edificadas de la piedad y devoción de los católicos norteamericanos.

---

50. En el Archivo Generalicio de Roma, del Instituto reparador, he podido leer muchas cartas de la M. Fundadora, en las que va describiendo, día a día, la travesía y señalando con exactitud de consumada cronista las fechas y lugares de la misma.

Siguiendo los pasos de M. Teresa, la encontramos ya en Roma <sup>51</sup> visitando los lugares más sagrados. La vemos subiendo de rodillas la *Escala Santa*; y depositando su rosario y anillo de religiosa en las gotas de la Purísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo; y rezando emocionada en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén, donde se veneran reliquias insignes de la Pasión de Cristo.

Una de las visitas que hizo nada más llegar a Roma fue la de su insigne amigo el cardenal Ferrata. La fundadora del Instituto reparador llevaba debajo el brazo las *Constituciones* del mismo para su aprobación. Ferrata la recibió con su bondad acostumbrada, interesándose vivamente por la obra en el Perú. La presentó después a su secretario:

—Aquí tiene usted a la M. Teresa del Sagrado Corazón. Es la fundadora de la que le he hablado. Viene para que le aprueben las Constituciones. Yo mismo la impuse el hábito en París. Habrá que ver a un padre benedictino con el fin de que las traduzca. Ocúpese usted de ello antes de comenzar las diligencias en la Sagrada Congregación.

Oídas estas palabras, M. Teresa se encontró muy agusto con Monseñor. De tal manera que, cuando el secretario de éste se retiraba preguntándole por el autor de las Constituciones referidas, ella contestó sin titubeos:

—Yo las he escrito, monseñor.

Pasados unos días, el cardenal Ferrata llamó a M. Teresa y le dijo de entrada:

—Sus Constituciones son una calamidad. Tendrá usted que adaptarlas a las normas vigentes de la Santa Sede; lo que llevará bastante trabajo.

—Yo no me arredro con el trabajo —contestó la fundadora—.

—No, ya lo veo. Ni aunque se rompa usted una pierna, o un brazo. Replíco Ferrata, al tiempo que reía sin disimulos.

El ilustre purpurado hacía alusión a las caídas que había sufrido M. Teresa en su último viaje a la ciudad de Ayacucho.

Se llevaban muy bien estos dos hijos preclaros de la iglesia. Pero la realidad era que las Constituciones no estaban aprobadas y había que moverse con tino y con eficacia por los pasillos de las Congregaciones y por los despachos de los señores cardenales. Hay que convenir en que estas cosas se le daban mejor a nuestra heroína que el luchar contra las monjas rebeldes del Perú. El día

---

51. Creemos que, de propósito, han sido desgajadas y rotas varias hojas del *Diario íntimo* de la M. Teresa del S. Corazón, pasando del día 30 de agosto al 15 de octubre. Por los restos que quedan de las hojas arrancadas, vemos que faltan unas siete, sin que podamos decir nada de su contenido. Lo mismo ocurrirá un poco más adelante, donde han sido igualmente desgajadas otras nueve hojas. De este modo, el *Diario* se pone en la fecha 12 de noviembre, que es cuando llega a Roma.

23 de septiembre de aquel mismo año 1909 estaba citada con el cardenal Vives, prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares.

Terminado el trabajo previo, entregó las Constituciones al rector del Colegio Pío Latinoamericano, un jesuita ejemplar, que prometió revisarlas y ayudarle en todo. Su deseo inmediato era el de entrevistarse con el cardenal Merry del Val, Secretario del Papa; pero no veía modo. Tres veces había estado a la cola de la paciente espera y aún no había conseguido ser recibida por el omnipotente purpurado. Una vez que lo consiguió, en una entrevista breve, Su Eminencia le dijo:

—Usted es la del Perú.

—Sí, eminencia. Y gracias a Dios que, por fin, puedo verle y presentarle mis respetos. Porque grande hubiera sido mi pena el regresar a mi patria sin hablar unos momentos siquiera con V. eminencia.

Sonriente siempre, Merry del Val le hizo sentarse frente a él. Luego le preguntó:

—Y bien, ¿qué es lo que desea de mí?

—Eminencia, el objeto de mi visita y aun de mi venida a Roma es el de solicitar la aprobación de las Constituciones del Instituto reparador.

El inteligente y sagaz purpurado, como si estuviera ya en antecedentes, le dijo:

—Y qué, ¿tienen ustedes muchas vocaciones?

—Relativamente, sí, eminencia. Pero sucede que, no teniendo aún aprobadas las Constituciones, los mismos confesores nos alejan las vocaciones.

—¿Y son todas ustedes peruanas?

—Sí, eminencia. Hasta ahora, sí.

—¿Desde cuándo está fundado su Instituto?

—Hace catorce años, señor. Y lo fue por el papa León XIII, el cual me indicó que comenzara la obra por el Perú. Porque si me hubiera mandado hacerlo por la China, a la China me hubiera ido.

—Ah, eso está muy bien.

La conversación terminó una vez que la M. fundadora explicó al señor cardenal los fines de la nueva Congregación. Al tiempo de la despedida, le dijo como dejándolo caer:

—El cardenal Ferrata, que me conoce desde hace muchos años, se muestra benévolo para la aprobación de las Constituciones. Y lo mismo siente el cardenal Vives.

#### b) *El «Decretum laudis»*

Al llegar a este punto de nuestro trabajo monográfico, entra de lleno el

citado rector del Colegio Pío Latinoamericano, P. Augusto M.<sup>a</sup> Anzuini, al que había tomado por confesor ordinario M. Teresa, y con el que estrechará más adelante lazos de verdadera amistad fraternal.

El año de 1910 será de intensa actividad. Inició, durante el mismo, la tarea de la redacción del librito *Manual de usos y costumbres*. Se movía muy serena y con buen pie por los entresijos de «la capital del mundo católico», de la «gran Roma de los papas», como ella misma escribe en su *Diario*<sup>52</sup>. Es admirable comprobar cómo para el día 29 de enero tenía ya terminado todo el expediente que necesitaba el cardenal prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos: *Constituciones, Memoria, Compendio, Letras testimoniales* de los obispos del Perú...

Cuando M. Teresa en la mañana del 31 de enero, presentó las Constituciones a la Sagrada Congregación, monseñor Carabini, secretario de la misma, le dijo que no había posibilidad de que fueran examinadas en la próxima reunión plenaria, que tendría lugar el 4 de febrero, por cuanto ya estaba impreso el orden del día y la hoja de los asuntos a tratar con los señores cardenales. Sin embargo, le sugirió que se dirigiera al cardenal Vives, por ver si éste lograba introducir aquel asunto en la misma reunión.

El Cardenal prefecto no estaba en palacio y su amigo Ferrata dio pocas esperanzas a la M. Fundadora<sup>53</sup>. Pero aquí, una vez más, se cumplió el dicho de que «el hombre propone y Dios dispone». Cuando todas las esperanzas estaban perdidas y M. Teresa pasó unas horas de angustia, que ella misma compara a la agonía de Getsemaní, el Santo Padre ordenó que se pusiera en el orden del día el asunto de las Constituciones del Instituto reparador.

Eran las ocho de la tarde del día primero del mes de febrero. El citado monseñor Carabini se llegó hasta el monasterio donde se hospedaba nuestra fundadora y le dijo que el Papa, por una concesión especial y contra todo lo previsto, había decidido que el examen de las referidas Constituciones se hiciera el viernes próximo, día 4, con preferencia a otros asuntos. Cosas del Papa Sarto. Cosas de San Pío X.

La entrevista que mantuvo nuestra protagonista, al día siguiente, con el Santo Padre no la olvidaría nunca:

—Beatísimo Padre —dijo con voz solemne el prelado doméstico— la superiora delle Suore Reparatrice dell Sacro Cuore di Gesù, de Lima, Perú.

52. *Diario íntimo* de la M. Teresa del S. Corazón. Día 1 de enero, 1910.

53. En esta entrevista con el cardenal amigo y protector del Instituto Reparador, M. Teresa conoció a la Superiora general de las Misioneras Franciscanas de María, dos de cuyas religiosas salían al día siguiente para el Perú, con intención de fundar en la ciudad de Lima.

Una vez que se encontraron solos y después de rogarle por cuatro veces que se sentara a su lado, el Santo Padre le preguntó en francés:

—Eh, bien. Què desirez vous?

A lo que M. Teresa le preguntó a su vez:

—Santo Padre, ¿en qué idioma prefiere que le hable: en francés o en español?

—En español, ou en française. Comme vous voudrez. Le contestó el papa.

Comprendiendo M. Teresa que, tal vez, en francés la entendería mejor, le dijo muy despacio:

—He venido a Roma para solicitar la aprobación de las Constituciones de mi Instituto.

—¿Y en qué se ocupan ustedes?

—Nuestro Instituto, Santísimo Padre, está llamado a la reparación del Sagrado Corazón. Como complemento de esta obra principal, hacemos obras de apostolado: como la asistencia a enfermos a domicilio, retiros para señoras, pensionados, orfanatos, kindergarten y, finalmente, las misiones entre los indios de nuestro país <sup>54</sup>.

Su Santidad la escuchaba con la máxima atención y solamente decía, de vez en cuando, «¡Bien, bien!». De pronto, M. Teresa, como fuera de sí y toda entusiasmada, dijo:

—Santísimo Padre, el soldado debe morir al pie del cañón. En cuanto regrese a mi patria, he de hacer la visita a las casas del interior del Perú... Le digo que, con la gracia de Dios, hemos hecho volver al seno de la Iglesia a muchas almas que, sin nuestro concurso, habrían muerto sin sacramentos <sup>55</sup>.

Mas luego llegó, por parte del papa, la esperada y temida pregunta:

—¿Cuántas son ustedes?

M. Teresa, un tanto entrecortada, respondió:

—Somos muy pocas, Santidad. Exactamente cuarenta y ocho religiosas.

54. *Diario íntimo*. Año de 1910, día 5 de febrero.

55. La fundadora del Instituto reparador, al llegar a este punto, le contó la conversión que había conseguido por medio de sus palabras y de sus oraciones de un súbdito francés, el cual, después de haber huido de la casa paterna, fijó su residencia en Cuba, donde tuvo una hija, con la que, años adelante, vivió en el Perú en un contubernio indecoroso, y de la que tuvo, a su vez, tres hijos. A la hora de la muerte, M. Teresa le recriminó su torpe vida pasada, hablándole del infierno que le esperaba si no se convertía y si no pedía perdón a Dios de tantísimos pecados como había cometido. Aquel hombre quedó profundamente impresionado y llamó luego a un sacerdote con el que se confesó. Poco antes de morir, tendió la mano a nuestra religiosa al tiempo que le decía: «A usted, mi reverenda, le debo el irme ahora al paraíso». (Cf. *Diario íntimo*. Año de 1910, día 5 de febrero).

Y cuando trataba de explicar los motivos de un número tan escaso, Pío X, la atajó sonriendo dulcemente:

—Tranquilícese, Madre. Tendrán la aprobación. Una aprobación regular. Aprobación de las Constituciones. Aprobación de las obras... «Tuti».

Lo único que se le ocurrió a nuestra fundadora fue dar las gracias. Luego, el Santo Padre le habló en italiano, dándole buenos consejos y sabias exhortaciones. Después le impartió la bendición para ella y para todas sus hijas. Las últimas palabras del Papa fueron pronunciadas en perfecto francés:

—Priez pour moi.

A lo que nuestra venerable replicó:

—Santísimo Padre, lo hacemos diariamente.

Satisfecha y hasta contenta podía retirarse M. Teresa del escritorio privado del Papa Sarto. Había conseguido más de lo que esperaba y el milagro estaba hecho. El martes, día 8 del mismo mes de febrero, como impulsada por una fuerza secreta, acudió al despacho del cardenal Vives y Tuto, Prefecto de la Congregación de Regulares, el cual, cuando la tuvo en su presencia, le dijo:

—Mire usted, Madre. Lo que ha pasado con usted es una cosa nunca vista. Ya estaba impresa la hoja de todos los asuntos de que tenía que ocuparse la reunión plenaria de Cardenales y era del todo imposible tratar el asunto de las Constituciones. Fui entonces donde el Santo Padre y le expuse esta dificultad. Después de escucharme, el Papa dispensó todo trámite legal y permitió que se tratara el asunto de las reparadoras, como una «excepción» y haciendo solamente un informe verbal. Todo ha sido aprobado y el Papa ha firmado ya el *Decretum laudis*.

M. Teresa le dijo entonces:

—En este caso, ¿podemos cantar ya el «Tedeum» de acción de gracias?

—Por supuesto que sí.

—Mi San Antonio me ha hecho este milagro. Gracias, eminencia.

El día 12 de febrero, sábado, le fue entregado el Decreto de aprobación, con las observaciones hechas en las Constituciones<sup>56</sup>. M. Teresa fue en busca del P. Anzuini para que le tradujera el contenido del documento, y éste aprovechó para hablarle de la fundación en Roma.

### c) *La primera fundación en Roma*

La fecha histórica de aprobación del *Decretum laudis* fue la del 11 de febrero del citado año 1910. El P. Anzuini, desde este momento pensó en la fun-

56. Estas observaciones las trae el mencionado *Diario* de la insigne reparadora. (Cf. *Diario íntimo*. Año de 1910, día 11 de febrero).



dación romana por parte de sus amigas las reparadoras peruanas. Debemos buscar una obra —le dijo a la fundadora— que le caiga simpática al cardenal Vicario. Por su parte, se había adelantado a la misma dando los primeros pasos y hablando de ello al Padre Faberi, secretario a la sazón del mencionado cardenal. Nuestro ilustre jesuita tenía tantas ganas de ver a estas monjas establecidas en la Ciudad Eterna, que rogó a M. Teresa lo dejara todo arreglado antes de que se volviera al Perú.

Con este encargo, se dirigió de nuevo al cardenal prefecto, Vives y Tuto:

—Ya que su eminencia se ha mostrado tan padre con nosotras —le dijo—, me permito expresarle el deseo que tengo de contar con una casa aquí, en Roma. Hace tiempo que lo he hablado con el cardenal Ferrata.

El cardenal prefecto se limitó a preguntarle:

—¿Y de dónde son las postulantes con que dice que cuenta para comenzar?

—Son cuatro, una de Bolognia y las otras tres de la misma Roma.

La conversación fue larga y, de momento, todo quedó en buenas esperanzas. Pero M. Teresa no se dormía sobre laureles. El día 19 de febrero fue a visitar a su amigo Ferrata, el cual estaba ya en antecedentes y promoviendo la obra desde su eficacia ante el cardenal Vicario. Al parecer, no ponía mayores dificultades. Hasta el punto de que el citado P. Faberi, secretario del Vicariato, sugirió que, al tiempo de hacer la petición al Santo Padre, hiciera constar esta actitud benévola por parte del cardenal más comprometido en este asunto.

M. Teresa puso manos a la obra y empezó a redactar el borrador de solicitud. El P. Anzuini lo leyó y corrigió algunas expresiones. Dos días más tarde, se entrevistó con el cardenal Vicario, el cual la recibió con una bondad inusitada.

Nuestra protagonista no podía volverse atrás. La primera residencia en Roma quedó instalada en la calle Muzio Clementi, n. 48. Fue llamada «Casa Procuradoría», y contaba con una capilla «semipública» para el culto reparador. Enseguida llegaron las tres primeras religiosas desde el Perú. M. Teresa aprovechará la inauguración de la primera piedra de la iglesia «Dolorata»<sup>57</sup> para presentarlas al famoso y célebre sacerdote Gallardo, promotor de la magna obra, al cardenal Vives y Tuto y, de modo especial, a monseñor Angeli, delegado eclesiástico de la zona a la que pertenecía la nueva residencia del Instituto reparador, el cual las prometió una pronta visita a Muzio Clementi.

---

57. Este bello templo, de corte clásico, rico en mosaicos y mármoles, está situado en la actual «Plaza de Buenos Aires», donde comienza precisamente Vía Tagliamento y a unos trescientos metros de la Casa generalicia del Instituto reparador.

Esta feliz coincidencia de la llegada de las religiosas reparadoras del Perú con la mencionada inauguración de un templo americano en la Ciudad Eterna le hizo meditar seriamente a M. Teresa y sacar consecuencias que le consolaban muy mucho.

Instaladas ya en Roma, el P. Anzuini pensó en la próxima visita particular al Santo Padre. La consiguió el día 23 de junio del mismo y citado año 1910.

Cuando estuvieron en su presencia, el Papa les dijo casi a quemarropa:

—Ustedes hacen esta fundación casi sin el consentimiento mío. Yo no quiero más fundaciones en Roma. Ustedes serán las últimas. Ya he dado órdenes oportunas para que no se admitan más institutos religiosos en la ciudad. En días pasados, a cuantos pedidos que se me han hecho, a todos he contestado que no, no y no.

Estas palabras del Santo Pontífice, pronunciadas con energía, le hicieron comprender el nuevo favor que les hacía. La conversación transcurrió luego por otros derroteros más alegres y consoladores.

En fin —les dice el Papa—, veo que, a pesar de todo, han tenido ustedes a Santa Rosa de Lima de su parte.

—A Santa Rosa de Lima y a otros —replicó la M. Fundadora. Como, por ejemplo, San Martín de Porres, San Francisco Solano...

El P. Anzuini, que estaba un poco asustado por cuanto oía, añadió:

—Y Santo Toribio de Mogrovejo.

A su debido tiempo, el Santo Padre tocó el timbre y entraron las tres religiosas peruanas. El P. Anzuini las presentó al Papa, pero no hubo más conversación. Puestas de rodillas, Pío X las bendijo con las siguientes palabras:

—Bendigo a la superiora, a ustedes, a sus familiares y amigos, a todos los que tengan in mente. «Tutti, tutti».

Por el camino, hacia la llamada Plaza de Cavour, M. Teresa iba reflexionando sobre lo que tendría que decir a sus religiosas cuando las reuniera por primera vez en consejo local. Había que cuidar mucho la casa de Roma, según le había aconsejado su amigo el cardenal Ferrata, y evitar posibles escándalos <sup>58</sup>.

¡Qué lejos estaba nuestra «activa peruana» —así le llamaba siempre el diplomático y mencionado Ferrata— de que, tiempo después, no mucho, sería poco menos que expulsada de Roma. ¿Qué había ocurrido?... Resulta difícil penetrar en el interior de los hombres; pero las palabras del P. Anzuini, invi-

58. Sor María del Tránsito, que había tomado el hábito el día 19 de agosto del año 1906, y profesado el 12 del mismo mes de 1908, haciendo los votos perpetuos el 21 de julio de 1912, se fugó del convento un 30 de mayo de 1918, festividad del Corpus, dándosele después por secularizada.

tándola a que saliera urgentemente de la ciudad, nos hacen el efecto de una verdadera expulsión<sup>59</sup>.

El día 26 de octubre del mismo y citado 1910, a las nueve de la noche, sola, sin que nadie saliera a despedirla, la fundadora del Instituto reparador embarcaba rumbo al Perú. Es posible que las siguientes palabras estén en la clave del secreto: «Esas mis ingratas hijas, con su modo de ser y revistiéndome como se les ha antojado ante el P. Anzuini, me obligan a abandonar mi casa de Roma. Dios se lo perdone y las bendiga. Me han enfermado el alma y el corazón»<sup>60</sup>.

#### d) *En San Egidio*

La primera casa que tuvo el Instituto reparador en Roma estuvo situada en la calle Muzio Clementi, como queda dicho atrás. Poco tiempo después, las religiosas se trasladaron a Via Cola di Rienzo, n. 286. Era una nueva casa completamente amueblada y, también, con su oratorio público.

La fundadora piensa que Roma sigue interesando sobremanera. De esta fundación dependerá la mayor o menor estima que tenga el Instituto ante la Santa Sede. Las esperanzas de la Iglesia y la alta misión que le confería el mismo Sagrado Corazón de consumirse en actos de reparación constituían en esta hora precisa de su vida los más urgentes afanes de la misma.

La verdad era que la fundación romana les estaba costando muchos sacrificios y no pocos disgustos. Pero Roma es siempre Roma.

Y así llegamos a los días del Papa Benedicto XV, el papa bondadoso y amigo de la Congregación, el cual, a petición de M. Teresa, concedió a la misma, el año 1921, la iglesia de San Egidio, o San Gil, situada dentro del Vaticano y con fachada a la calle *Porta Angelica*, al tiempo que le concedía también permiso para construir residencia en terrenos contiguos al mismo templo.

El *Libro de Actas* de la época refleja que se encontraban muy contentas en esta grata morada. Pero, al cabo de ocho años, y con motivo de los llamados «Pactos Lateranenses», firmados entre el Papa Pío XI y Benito

59. *Diario íntimo*. Año de 1910, día 16 de octubre.

60. *Ibid.*, 26 de octubre de 1910.

61. *En el Registro de Correspondencia oficial y diversa*, existe en el Archivo Generalicio de Roma, la M. Castañeda cuenta cómo fue el traslado a Cola di Rienzo. Corría el año 1910 y era el 28 de agosto, festividad de San Agustín. Nuestra insigne fundadora había enviado una solicitud al Vicariato de Roma, pidiéndole que, dado que el local que ocupaban las religiosas en la Via Muzio Clementi era muy reducido, y habiéndose encontrado otro en mejores condiciones, donde podría ser abierto el noviciado, en la calle Cola di Rienzo, ángulo de Varrone, se les concediera permiso para poder trasladarse a la nueva casa. (Cf. Registro de Correspondencia oficial y diversa. Núm. 1, f. 493).

Mussolini <sup>62</sup> el año 1929, la Ciudad del Vaticano tuvo necesidad de cerrar las entradas secundarias, entre las que se encontraba la citada iglesia de San Egidio. Debido a esto, las religiosas tuvieron que abandonarla, al igual que la hermosa casa que con tantos sacrificios había sido levantada. Es posible que en aquella ocasión se perdiera la oportunidad de entrar al servicio directo del Vaticano <sup>63</sup>. Pero la superiora general no lo creyó conveniente y las reparadoras se retiraron de aquel lugar apetecido y siempre añorado.

No era cuestión de dar marcha atrás, después de tanto como habían soportado en Roma. Por lo que enseguida hicieron las diligencias necesarias para comprar otro inmueble en la Ciudad Eterna. Y se consiguió.

#### e) *En Via Tagliamento*

El día 31 de agosto de 1929 M. Teresa del Sagrado Corazón escribía una carta al cardenal Gasparri, en la cual le daba las gracias por la nueva casa que les habían concedido, a cambio de la que perdían de manera no muy clara, en la Ciudad del Vaticano <sup>64</sup>.

«La nueva casa que Su Santidad con tanta solicitud se ha dignado darnos —le dice— a cambio de la del Vaticano, es hermosa, bonita, bien ubicada y en donde esperamos, Dios mediante, hacer amar mucho a la Iglesia y a su Vicario en la tierra» <sup>65</sup>.

Efectivamente, la nueva residencia de Roma estaba situada en Via Tagliamento, no lejos de la Plaza de Buenos Aires, con los mejores medios de comunicación. Leyendo páginas del *Diario íntimo*, nos encontramos con una que dice textual: «Un millón doscientas mil liras». Era el coste total de esta residencia. La compra había sido efectuada íntegramente por M. Teresa, M.

62. Sabido es de todos que el Papa Pío XI, secundado admirablemente por su secretario de Estado, cardenal Gasparri, en los años que siguieron a la primera guerra mundial, consiguió entablar relaciones diplomáticas con multitud de naciones. Pero seguramente que el gran acontecimiento político fue, para bien de la Iglesia y de Italia entera, el famoso *Tratado de Letrán*, o «Pactos Lateranenses», con el adjunto concordato del 11 de febrero de 1929. Por él quedaba zanjada definitivamente la enojosa «Cuestión romana», que tantos quebraderos de cabeza dio a la Santa Sede, desde los días del Papa Pío IX.

63. Al tener que abandonar, forzosamente, las religiosas reparadoras del Sagrado Corazón la iglesia y casa de San Egidio, les ofrecieron permanecer como empleadas al servicio directo del Vaticano. Al parecer, la Superiora General y su Consejo no lo creyeron aceptable y renunciaron a la tentadora oferta. Tal vez, otras Congregaciones estarían al acecho y se alegrarían de aquella negativa. ¿Se equivocó aquí M. Teresa? Pensamos que sí.

64. Después de haber leído gran parte de la correspondencia que mantuvo la M. Fundadora del Instituto reparador con distintos personajes de la Iglesia, pensamos que la sostenida entre ella y el cardenal Gasparri es la más extensa y por demás interesante.

65. *Registro de Correspondencia oficial y diversa*. Núm. 6, f. 23.

Rosa Mercedes y su sobrina Emilianita. La propiedad era de la Congregación. La fundadora, cuando cierre el año citado de 1929 escribirá de puño y letra: «Así termina este año de 1929, con amarguras tan grandes y mayores desilusiones. Sentimos frío en el corazón y desamparo en el alma. Que se haga la voluntad de Dios».

Nuestra venerable y sus más inmediatas colaboradoras se dedicaron a buscar dinero y allegar fondos —siempre con los debidos permisos— para ir pagando deudas. El segundo piso del inmueble lo utilizaron, incluso, para organizar tómbolas que les ayudaran a salir de trampas. Los amigos de Roma respondieron bien. La capilla provisional resultaba pequeña. Esto le hacía sufrir a la M. General, que deseaba comenzar enseguida la construcción de la iglesia, donde se venerara diariamente y durante varias horas a Jesús Sacramentado.

A finales del año citado, con un tiempo infernal, y después de haber conseguido echar a todos los inquilinos, la casa de Via Tagliamento completamente vacía, comenzaron las religiosas a trasladar sus enseres.

La fecha del 20 de diciembre fue de sorpresa general para toda Roma. En este día, el Papa Pío XI cumplía sus cincuenta años de sacerdocio y quería celebrar sus Bodas de Oro sacerdotales en San Juan de Letrán, la primera parroquia de la cristiandad.

Nadie se esperaba esta salida del Papa Aquiles Ratti. La satisfacción de los católicos fue grande, pues con ello quería demostrar al mundo que ya no estaba ni era «el prisionero del Vaticano», como hasta pocos meses atrás se venía diciendo desde el año 1870 <sup>66</sup>.

Y en estos mismos días hay que destacar la admirable labor que llevaron a cabo las Hermanas reparadoras hasta conseguir la nueva casa que estudiamos en esta párrafo de nuestro trabajo monográfico sobre su insigne y santa fundadora. Admirable y todo un ejemplo de tenacidad y constancia. Enferma y delicada de salud como se encontraba —según nos cuenta en su *Diario*— por aquellos días <sup>67</sup>, no dejó de trabajar y de moverse infinito hasta conseguir sus propósitos. Las escaleras que tuvo que subir y bajar; los pasillos que hubo de recorrer por el amplio y majestuoso Vaticano; de palacio en palacio y de oficina en oficina; las visitas a distintos cardenales, monseñores, comendadores y abogados... no es para describirlo aquí. Sólo resaltar el valor que tienen las

---

66. Efectivamente, en el mes de febrero de este histórico año se habían firmado los mencionados «Pactos Lateranenses», entre el Papa Pío XI y Mussolini, como queda anotado atrás.

67. Hay un momento en que el *Diario* nos dice que han caído en cama las tres: M. Teresa, M. Rosa Mercedes y su sobrina Emilianita, que vivía con ellas.

palabras de la M. Teresa cuando se queja y habla de amarguras y de desilusiones.

La vida, como las monedas, tiene dos caras y hay que tomarla por las dos. Pasados unos meses, en un día espléndido del mes de junio de 1930, mientras los turistas acudían a la Plaza de España para contemplar su escalinata cuajada de flores, M. Teresa acudió a la iglesia del «Gesù» para entrevistarse con el P. Anzuini. Pero el sabio y prudente jesuita no la pudo atender. Dos horas le estuvo esperando nuestra inquieta y activa religiosa. En la espera pudo contemplar, una vez más, la fastuosa iglesia barroca de Vignola, con su impresionante cúpula, sus altares exuberantes y recargados, sus reliquias de San Ignacio y de San Francisco Javier. Cuando menos lo esperaba y cuando estaba decidida a marcharse un tanto desilusionada, un religioso jesuita la mandó pasar a la sacristía.

—¿Son ustedes las que estaban en el Vaticano? <sup>68</sup>.

—Sí, padre.

—¿Y ahora, dónde están?

—En Via Tagliamento, número 40.

La conversación continuó refiriéndose a una imagen de San José que las religiosas habían adquirido por medio de este religioso, el cual tenía sumo interés en que siguiera en su poder. Se habló también de un pleito que M. Teresa había perdido, y que para aquel religioso, y para todos los que vivían en el Gesù, era una de las mayores injusticias que se podían cometer sobre unas indefensas religiosas.

—¿Qué quiere, Madre?... Los hombres crucificaron a Cristo, y desde entonces, ya no puede sorprender injusticia alguna. Le dijo el religioso.

Luego, el diálogo recayó sobre la salida de las reparadoras del Vaticano.

—Esto no lo comprende nadie. Aquí, en el Gesù, no lo entiende nadie.

—Así es, reverendo padre. Dios lo habrá permitido y nada más podemos hacer.

La festividad del Corpus, 19 de junio, de aquel mismo año 1930, resultó solemne en la residencia de Via Tagliamento. Aquel día la casa y la comunidad quedaban consagradas al Corazón de Jesús. El texto era obra del citado P. Anzuini, que fue quien celebró la Santa Misa. Lo mismo que los distintos actos de la ceremonia y hasta los cánticos.

El acto de consagración tuvo lugar después de la Eucaristía en el llamado «salón rojo». Un grupo de personas amigas y los niños del kinder estaban invitados. Estos últimos se colocaron en torno a la sagrada imagen. Las damas

---

68. Normalmente, siempre que tenía que salir de casa, la Superiora general llevaba una compañera.

formaban un segundo círculo. La M. General y la M. Rosa Mercedes, superiora de la residencia, junto con las otras religiosas, recibían a los invitados a la entrada del salón. A la llegada del P. Anzuini, se hizo silencio. Nuestro jesuita, que ya por entonces tenía fama de santidad, dirigió a todos una emotiva plática, explicando el significado de aquel acto. Después, con voz más fuerte y entonada, manifestó que las religiosas reparadoras habían llegado a aquella casa por voluntad expresa del Papa, para difundir el culto al Sagrado Corazón de Jesús. Y añadió en tono profético:

—Con el tiempo, esta casa será como un centro de adoración para los cultos eucarísticos.

M. Teresa, devotísima entonces del célebre jesuita, dejará escrito: «al despedirse, dejó la casa embalsamada de las cosas tan santas y tan hermosas con que entretuvo a todos durante más de dos horas».

La residencia de Via Tagliamento estaba en marcha. El día 2 de agosto del año 1931, bajo la protección de Nuestra Señora de los Ángeles —como escribe M. Teresa— y siendo superiora de la misma la citada M. Rosa Mercedes, se nombró el consejo local. La M. General aprovechó este momento para exponer a este Consejo la obligación de trabajar por conservar el espíritu de la Congregación, procurando, de este modo, la mayor gloria de Dios y la santificación de las almas.

Al año siguiente, por el mes de mayo, comenzaron las obras de la cripta, que fue bendecida solemnemente el día 8 de enero de 1933. El párroco de San Saturnino, celoso y ejemplar sacerdote, celebró la Santa Misa; mientras que el director de la Asociación reparadora, que ya se había fundado en aquella comunidad, ocupó la sagrada cátedra. Por la tarde tuvo lugar un segundo acto de acción de gracias, con «Tedeum» cantado y bendición eucarística, impartida por el señor arzobispo, dimisionario de Lima, Monseñor Lissón. A los asistentes al acto se les distribuyó un recordatorio conmemorativo.

Al día siguiente, M. Teresa se pone ante su *Diario* íntimo y escribe: «El sermón fue estupendo y predicado por el P. Anzuini. La concurrencia fue numerosísima y el santuario estaba lleno de sacerdotes, en mayor número agustinianos<sup>69</sup>. El cardenal protector concedió indulgencia plenaria. En la tarde, la función fue solemnísima. Con catorce sacerdotes que ocupaban el santuario, todos ellos con roquetes. La bendición la dio Monseñor Lissón».

---

69. Consultando este extremo con algunos religiosos agustinos de España y de Roma, he podido comprobar que, efectivamente, fueron varios de ellos, en su mayoría jóvenes, los que se desplazaron desde el Colegio Internacional de Santa Mónica a Via Tagliamento para asistir a la ceremonia. Algunos de ellos viven todavía y me han contado que se encontraron entre los asistentes.

La prensa se hizo eco del acontecimiento. Y *El observatore Romano* le dedicó una elogiosa página.

En la residencia de Via Tagliamento se reparaba a Jesús Sacramentado. Las religiosas tenían sus horas diarias de adoración, como pedían las Reglas e inculcaba la Superiora General. Por su parte, la Asociación reparadora de seculares crecía en adeptos de día en día. Para mejor cumplir los fines de la Congregación, abrieron un pequeño colegio de tercero, cuarto y quinto grado, regentado por señoritas, ya que las religiosas no tenían el diploma exigido por las leyes de la enseñanza. Monseñor Poli estaba interesado en dar a este colegio un gran impulso, extendiéndole para toda la primaria. Pero tropezaba con la imposibilidad de adaptar el segundo piso del inmueble a este fin, pues en aquella fecha estaba ocupado como pensión. Ello exigía un fuerte desembolso y todavía tenían pendiente la deuda de la construcción de la cripta, con la seguridad de que no iban a recibir ayudas extraordinarias del Perú, o de España.

Problemas internos minaron la salud de nuestra insigne fundadora. A tal punto debió llegar su sufrimiento interior que, al final de su *Diario*, escribe: «Quiero dejar en adelante todas mis penas y sufrimientos ocultos en las entretejas del Corazón de mi Jesús. Que Él solo sepa lo que pasa en mi alma y terminaré este cuadernito con estas estrofas compuestas por la Rda. Madre Rita Bournal, de la sagrada Familia de Burdeos, por ser ellas un fiel trasunto de lo que yo misma pienso y siento. Así pongo fin a mis Apuntes íntimos, pues mi vista se oscurece y Jesús sólo quiere que yo lo vea a Él con la vista del alma»<sup>70</sup>.

Malentendidos, conductas poco edificantes de algunas hermanas, acusaciones falsas..., llevaron a la resolución, por parte de los superiores, a nombrar un visitador para la casa de Via Tagliamento. Pero este personaje se nos pierde entre los entresijos oscuros de la calumnia y difamación y no acierta con su delicada misión. M. María de la Paz, una santa mujer, continuadora de la obra de la fundadora, no dudaba de que se trataba de personas «sin vocación», como ella misma escribe<sup>71</sup>.

Esto ocurría por el año 1939. Nuestra ejemplar hermana lloraba al ver que se acercaba el término de su mandato sin haber conseguido nada de aquellas religiosas, que «más parecían personas que han venido a resolver el problema de su vida, que no a seguir la vida religiosa»<sup>72</sup>. Y refiriéndose al visita-

70. Las estrofas que siguen vienen escritas en francés y son una ofrenda generosa y sacrificada de toda una vida al Amor. El resumen de todas ellas podría ser éste: «Seigneur, je crois, j'espere; j'aime, et je veus aimer».

71. *Escritos de la M. María de la Paz*. Cuaderno sobre la «Visita Apostólica de la Casa de Roma». Año de 1937 y siguientes, p. 19 (Cf. A.G.R.)

72. *Ibid.*, p. 28.



dor, escribe textual: «que Dios N. Señor ilumine a sus venerables ministros para que, en justicia, den su fallo para mayor gloria de su Divino Corazón, bien del Instituto y paz en las almas que quieren ser reparadoras y desagaviar a N.S. Sacramentado».

Hoy, la residencia de Via Tagliamento es Casa generalicia de la Congregación.

## V. FUNDADORA EN ESPAÑA

### a) *Intentos en Cataluña*

En la *Memoria* que la M. Teresa del Sagrado Corazón presentó al Capítulo general, celebrado en Lima en los primeros días del año 1911, explicaba los motivos que tenía para abrir nuevos caminos a la obra emprendida, tratando de fundar en España. La cosa, pues venía de atrás.

Para los intentos de fundación en Barcelona, contamos con un *Diario*, que comienza el 23 de abril de 1904 y termina el 2 de julio de 1905. La autora del documento escribe al comienzo del mismo: «Hace poco inspiró a nuestra Madre la fundación de una casa de nuestro Instituto en Barcelona. Ella se consume por extender la Obra de la Reparación; se entrega en brazos de Dios, dispuesta a ser un instrumento fiel entre sus manos»<sup>73</sup>.

Nuestra Fundadora había caído enferma y los médicos le recomendaron un viaje a Europa y que tomara unas aguas especiales de Barcelona. Ella vio en todo esto la mano de Dios «que todo lo había dirigiendo a la realización de sus planes». Pero, como en tantas ocasiones, las dificultades no habrían de faltar. Cuando escriba al P. Leonardo Cortés, ya desde la Ciudad Condal, le dirá: «Aquí también somos objeto de persecuciones muy gratuitas; y ello por parte de religiosas o, más bien, de señoras que visten hábito religioso, quienes mueven hasta las autoridades civiles, consiguiendo triunfos para ellas muy baratos y ocasionándonos a nosotras sacrificios inmensos y amarguras sin fin»<sup>74</sup>.

En el mes de noviembre de 1904, M. Teresa comunicaba al señor cardenal Casañas, obispo-arzobispo de Barcelona, que «las tenía en gran estima», cómo se había traslado a la calle de la Merced. Pero no estaba de Dios que debían instalarse definitivamente en la capital de Cataluña.

A este propósito, el cardenal Ferrata diría a la M. Castañeda que las cartas laudatorias que él podía enviar tanto al arzobispo Casañas, como a su

73. *Diario de la fundación de Barcelona*, p. 1. En A.G.R., p. 5.

74. *Registro de Correspondencia oficial y diversa*. Núm. 3, p. 14-16.

auxiliar Ricardo Cortés, que ostentaba el título de Obispo de Eudoxia, producirían mal efecto «en las altas esferas», y que habrían de ser como «la soga que llevaban para que las ahorcaran en Roma».

M. Teresa le replicó con las siguientes palabras: «Tenemos para España, Emmo. Señor, un amor casi filial y una simpatía especial. No podemos negar que por nuestras venas corre sangre española. Por eso, no desistimos de nuestro proyecto; tanto más, cuanto que ahora tenemos las mejores seguridades por parte de la autoridad eclesiástica de la ciudad de Barcelona, gracias a la exquisita benevolencia de sus dignos y para nosotras queridos prelados»<sup>75</sup>.

Por el año 1910, M. Teresa seguía dándole vueltas al asunto fundacional en Cataluña con una tozudez digna de mejor causa. Se puso, para ello, al habla con don César Pardo, el cual parece que estaba dispuesto a cederla una finca de su propiedad, sita en la diócesis de Tortosa.

Como es natural, el obispado intervino enseguida y escribió a la fundadora, por medio del secretario de Cámara, preguntándole «si la casa la cedía el citado don César Pardo al Instituto reparador en usufructo y la huerta de su propiedad para siempre; o solamente durante su vida». Porque, en este último caso, el señor obispo no autorizaría la fundación.

La carta de respuesta no se hizo esperar. El citado don César cedía su casa y huerta «por todo el tiempo que el Instituto permanezca en la diócesis; es decir, que si Dios Nuestro Señor quiere que se perpetúe indefinidamente, indefinidamente también gozará el Instituto de esas dos fincas. Pero si el Instituto fuera expulsado de España, o si, por otras razones, el Consejo Generalicio tuviera a bien suprimir la obra de Benicarló y retirarse de la diócesis, en esos casos el señor Pardo o sus herederos entrarían en posesión de estos bienes»<sup>76</sup>.

Aquel mismo día, que era el 21 de agosto de 1910, escribía al propietario de la finca contándole estos pormenores y pidiéndole el precio del arriendo de la casa y de la huerta. «Como verá usted —le dice—, el obispado no quiere contingencias, sino consolidar la obra; y si esto dependiera de sólo el usufructo de los bienes raíces mientras la vida de usted, sería su existencia muy precaria. Y esto es lo que trasluce que quiere evitar el señor obispo».

Un mes más tarde, escribía a don Felipe de Osma, Ministro Plenipotenciario del Perú en España, poniéndole al corriente de sus proyectos con relación a esta fundación española. Se trataba de la creación de un Orfanato en Benicarló, diócesis de Tortosa, en la casa que les cedía don César Pardo, toda ella amueblada y con una hermosa huerta, que sería el sostén de la comunidad, mientras no contaran con otras limosnas.

---

75. *Ibid.*, núm. 3, p. 67.

76. *Ibid.*, núm. 3, p. 133-34.

M. Teresa esperaba que el señor ministro tomaría aquella obra bajo su protección y le prestara su mayor apoyo e influencia. De este modo —le decía al final de la carta— haría un gran servicio a un Instituto peruano y, al mismo tiempo, al país donde los dos habían nacido y del que se sentían orgullosos.

Barcelona... Benicarló, de la diócesis de Tortosa... Hermosos proyectos, que quedaron solamente en eso: en proyectos hermosos.

#### b) *Fundación en Zaragoza*

En el *Libro de Actas* que nos habla de la fundación maña leemos: «De-seando nuestra Rvdma. M. General extender el Instituto de Reparación por Europa, se fijó en España y eligió Zaragoza, con el fin de hacer su primera fundación a la sombra de la Virgen del Pilar».

La noticia no es rigurosamente exacta, pues ya hemos visto cómo la M. Castañeda había intentado, desde tiempo atrás, fundar en Cataluña. Pero no cae mal eso de «a la sombra de Nuestra Señora del Pilar». Fueron dos monjas, una peruana y otra italiana, las que acompañaron, desde Roma, el año 1913, a la Superiora General en esta fundación aragonesa. Venían muy bien recomendadas por el cardenal Ferrata, que se ha convertido en el primer cardenal protector del Instituto reparador, al señor arzobispo de Zaragoza, el cual había hecho el firme propósito de no admitir a ninguna monja más en su diócesis, pues ya eran, a su juicio, excesivas las que estaban instaladas en la ciudad del Ebro.

Con todo y con eso, las admitió, pero imponiéndoles una condición bastante onerosa: la de sostener gratuitamente un cierto número de huérfanas internas, que recibieran, al mismo tiempo, instrucción religiosa y clase de labores. Además, las prohibió realizar toda clase de apostolado que llevara consigo ganancias terrenas.

Muy duro se lo ponía el prelado a nuestras religiosas. Pero se embarcaron en la obra. Una vez instaladas en el pobre aposento de la posada que las habían indicado, M. Teresa lo primero que hizo fue visitar a los jesuitas, en su residencia de la calle de San Ildefonso. Tanto el portero, «típicamente jesuita», como señala la fundadora, como el P. Superior la recibieron con gran amabilidad. Pero cuando le comunicó a este último los motivos de su viaje, se le vino encima un jarro de agua fría. En punto a vocaciones —le dijo— poco o nada había que hacer en Zaragoza. Sería mejor que tomara el camino de las provincias vascongadas.

Más tarde, acompañadas de una buena señora, por nombre Antonia, M. Teresa y M. Aurora se encaminaron al arzobispado, pasando por el Seminario, donde saludaron a su Rector, al que entregaron una carta de recomenda-

ción que traían para él. Tampoco este probo y docto sacerdote les dio muchas esperanzas de acogida por parte del prelado. Le conocía y sabía que era poco adicto a las comunidades religiosas, y menos extranjeras.

Hasta tal punto es esto verdad que, enterado el mismo señor arzobispo de que las carmelitas habían acogido favorablemente a las hermanas reparadoras, éste en la visita que les hizo por aquellos días les dijo, al tiempo de marchar del locutorio:

—Ya sé que se han hecho amigas de las reparadoras que acaban de llegar. No hay que intimar <sup>77</sup> mucho con ellas. Yo no consiento que funden en Zaragoza.

M. Teresa no se desanima por estos reveses. Y así, envió un *Recurso* al prelado «poco amigo», exponiendo los motivos de su llegada a Zaragoza. Como descendientes de españoles —decía—, deseaban contar con un noviciado en España para dar mayor incremento al Instituto reparador, que estaba consagrado a la obra principal de desagravio y reparación al Sagrado Corazón de Jesús.

Acudían a él, humildes y suplicantes, para que, previa la autorización de la Santa Sede, les permitiera abrir el Noviciado y, también, un pequeño orfanato, a la sombra protectora de «Nuestra Madre y Señora —escribe textual M. Teresa—, María Santísima del Pilar». Empeñaba su palabra de no ocuparse en obras de enseñanza, ni de asistencia a enfermos, ni recabar limosna alguna en la ciudad <sup>78</sup>.

Ya hemos visto arriba de qué modo fueron atendidas, por fin, estas peticiones por parte del prelado cesaraugustano. Así continuaron las cosas hasta el año 1925, en que tuvo lugar la visita de la Superiora General, que se había marchado de la Ciudad del Ebro dejando en mantillas la fundación, y dispuesta a comprar el local que le ofrecían en la calle Sancho Gil, núm. 6. Las condiciones para la compra de esta nueva casa se firmaron el día 31 de julio del mismo año y constan en el *Libro de Fundación* del colegio.

El 31 de agosto fue el señalado para hacer la mudanza de la casa de Espoz y Mina a la nueva de Sancho Gil. Al cabo de una semana, se abría el colegio de una manera provisional y con sólo cinco niños. Las hermanas reparadoras trabajaron mucho para dejar todo organizado; pero se veía la necesidad urgente de aumentar el personal docente a medida que crecía el número de alumnos. Ésta era otra de las espinas que llevaba clavada en el corazón nuestra insigne

---

77. El texto dice clarísimamente «intimidar»; pero pensamos que se trate de una equivocación, o «lapsus calami».

78. *Registro de Correspondencia oficial y diversa*. Núm. 1, f. 517.

fundadora. Le preocupaba la escasez de personal apto para emprender las obras de apostolado que pedía la Congregación.

De vez en cuando, M. Teresa se hacía sus comentarios interiores y rumiaba en su mente proyectos en marcha; obras frustradas y esperanzas para el futuro. Las crónicas del colegio de Zaragoza nos irán contando que en él, en su hermosa capilla, los cultos religiosos funcionaban todos los días y con gran esplendor. Pronto esta nueva residencia reparadora contó con una capilla pública, la cual vino a ser, como lo refleja una de las religiosas en las cartas que escribe a la M. General <sup>79</sup>, la atracción de los fieles devotos. Esta capilla llevará el nombre de Jesús Reparador.

### c) *Fundación En Burgos*

Burgos, «cabeza de Castilla», hidalga y noble, hospitalaria y cordial, acogió un día muy favorablemente a las religiosas reparadoras del Sagrado Corazón.

Era por aquel entonces —año de 1922— arzobispo de la vieja e histórica ciudad castellana el Emmo. cardenal Benloch, el cual, sin tantas exigencias como el señor arzobispo de Zaragoza, concedió permiso a la M. Teresa para que fundara en la ciudad del Cid. Es más, en el mismo palacio arzobispal se enteró de que por aquellos días se había puesto en venta un edificio amplio, con jardín, que abandonaba la comunidad de religiosas teresianas.

M. Teresa no lo dudó un instante y compró inmediatamente aquel inmueble. Poco después, con tres hermanas que sacaba del colegio Cesaraugustano, dio comienzo la vida de una nueva comunidad reparadora.

Los comienzos siempre son difíciles y de larga espera. El día 22 de julio del citado año 1922, la M. Castañeda extendía una solicitud para el señor arzobispo en los términos siguientes: «La infrascrita, Superiora General de las Reparadoras del Sagrado Corazón, se presenta reverente ante V.ª Em. Reverendísima. y con el más profundo respeto, postrada a los pies de V.ª Em., le suplica encarecidamente se digne V.ª Em. permitir abra en esta ciudad arquiepiscopal una Casa de la Congregación, al efecto de cumplir con algunos de los fines piadosos y humanitarios que nos hemos propuesto llevar a cabo, para mayor gloria de Dios y bien de las almas».

«Nuestra obra principal —continúa el documento— es la reparación al Corazón eucarístico de Jesús, teniendo expuesto a su Divina Majestad. Pedimos humildemente a V.ª Em. Rvdma. se digne aceptar ésta en Burgos y permitirnos igualmente, para ir acrecentando el número de religiosas reparadoras, el tener un postulantedo para las señoritas y jóvenes que quisieran ingresar en nuestra Congregación.

Asimismo, impetramos el beneplácito de V.ª Em. Rvdma. tenga una

---

79. Esta religiosa se llamaba Sor María Luisa y era una gran entusiasta y admiradora de la M. Teresa del Sagrado Corazón.

idea de nuestra Congregación, que ha sido aprobada por la Santa Sede en 4 de febrero de 1910. Por ello me permito adjuntar a la presente solicitud un compendio de nuestras Reglas y Constituciones, reservándonos para cuando se efectúe la fundación en la calle de las trinas, núm. 6, local propio de la Congregación, el presentar a V.<sup>a</sup> Em. Revdma. un ejemplar, «in extenso», de nuestras Constituciones»<sup>80</sup>.

Y lo primero que hicieron las tres religiosas enviadas a Burgos fue, según queda sugerido atrás, acomodar una gran sala para capilla, donde comenzaron enseñada los cultos, con misa diaria, y por las tardes acto eucarístico, como centro de devoción reparador.

El *Libro de Actas* da cuenta, también, de que pronto comenzó a funcionar un pequeño colegio mixto. Quizá lo más novedoso de esta fundación fue la inauguración de lo que podemos llamar *Escuela Apostólica* para niñas que se sintieran inclinadas a la vida religiosa, a partir de los doce años y hasta los diecisiete, en que pasaban al postulantado, o bien volvían a sus casas, después de haber recibido una instrucción primaria elemental, pero completa y con buen acopio de labores domésticas. Eran las que entonces comenzaron a llamarse «Teresitas».

El año 1930 pasará a los anales de la historia de las Religiosas reparadoras como uno de los más movidos, conflictivos e importantes de la misma. Se había perdido la iglesia y casa de San Egidio en Roma. Pero el Instituto se había afianzado en Vía Tagliamento y en España quedaban muchas cosas por hacer en Burgos y en Zaragoza, pues entrambas comunidades se movían dentro de una gran inseguridad tanto económica, como moral.

Así lo entendió la Superiora General, la cual no dudó en hacer un nuevo viaje a la Península Ibérica, según lo exigía su cargo. El día 27 de agosto, en pleno verano, el mismo año 1930, a las ocho y media de la mañana, con un calor sofocante, salía de la estación «Términi» en el tren rápido que la llevaría a Barcelona, donde llegó a la una y media del día 29. Su primera visita fue para Zaragoza, donde se presentó el 4 de septiembre. Lo primero que hizo fue oír una misa de acción de gracias, y luego visitar al pormayor. Todo lo ofrecía al Señor y pedía constantemente luces para no equivocarse en su cometido. Bien que lo necesitaba.

Y mientras está en Zaragoza, su pensamiento vuela a Burgos, «cuyo personal tan deficiente y, sobre todo, con lo indiscreta e imprudente de la que hace de cabeza —escribe literalmente M. Teresa en su *Diario*—, que no sé cómo arreglar esa casa. Que Dios me venga en auxilio, por su gran misericordia»<sup>81</sup>.

El día 8 de septiembre estaba ya en la ciudad del Cid, después de implorar los auxilios de la Virgen del Pilar, como ella misma dice. El viaje, sofocante de calor, con cambio de tren en Miranda de Ebro y con escasa educación por par-

80. *Registro de correspondencia oficial y diversa*, núm. 4, f. 96-97.

81. *Diario íntimo*. Año de 1930, día 3 de septiembre.

te de los viajeros, los cuales no le cedieron ni siquiera el asiento que iba ocupado por maletas y paquetes, fue para ella de lo más desagradable. Hasta que, cansada de ir de departamento en departamento, viendo en uno de ellos un asiento libre ocupado por una maleta, preguntó decidida:

—¿Este asiento lo ocupa una persona o sólo una maleta?

Y como nadie le respondiera, ella misma replicó:

—Pues, señores, que la maleta se ponga en su sitio y que me den el asiento, ya que tengo derecho a ocupar uno lo mismo que ustedes.

Al oír estas palabras, un joven se levantó y colocó la maleta en donde debería estar. M. Teresa se sentó y dijo a su compañera de viaje, que no era otra que M. María de la Paz:

—Tome usted el asiento que está en ese otro departamento y ponga la maleta en el pasillo.

En aquel momento, un militar que vio el aire resuelto de nuestra religiosa, se levantó de su asiento y se lo brindó gentil y elegantemente, pasando él al otro departamento. Más tarde, cuando quedó vacante un sitio en el departamento de las monjas, volvió y se colocó a su lado, un poco como guardián suyas. M. Teresa escribe graciosamente en su *Diario*: «Por su aire galante y bien educado, comprendí que era un castellano».

## VI. HACIA EL OCASO

### a) *Mis amigos los sacerdotes reparadores*

M. Teresa del Sagrado Corazón se relacionó, durante su larga vida, con bastantes sacerdotes, amigos suyos, y los que quiso siempre, de un modo u otro, reparadores. La consolaron y alentaron mucho en su obra, tan llena de espinas y de dificultades. Los amó tiernamente en el Corazón de Jesús. Como Santa Teresa de Jesús amó al P. Jerónimo Gracián, a Fray Pedro de Alcántara y a Fray Juan de la Cruz.

Uno de estos sacerdotes fue el P. Francisco Simó, jesuita piadoso y culto, con el que mantuvo larga correspondencia. Era catalán y se comunicó con él desde el año 1904 al 1910, cuando la fundadora del Instituto reparador intentaba echar raíces en España, sin conseguirlo, y comenzando por Barcelona.

Este buen sacerdote le aconsejó, tal vez como ninguno, en aquellos difíciles momentos fundacionales y, como buen catalán, quiso siempre que midiera bien los pasos que daba y conociera el terreno que pisaba. De esta clase de sacerdotes hubiera necesitado en algunas obras del Perú y en la Ciudad Eterna.

El P. Simó le decía en cierta ocasión: «Ya está usted en Roma, diligencia

importante, por no decir extrema, que le resta poner para conocer definitivamente cuál sea la voluntad divina en sus proyectos, objeto de tal contradicción. No venga usted, pues, acá (a Barcelona) —este es mi humilde parecer— sin apurarlo todo y saber a qué atenerse en el objeto y fin que se propuso al salir de Lima»<sup>82</sup>.

Más adelante, ante el temor de tener que abandonar a dos religiosas le dice que, dos o tres días ausente de sus hijas, deben todas —superiores y súbditas— sufrirlo, siendo por un motivo de tanta importancia. Además de que, aunque él «no pueda suplir sus cuidados de madre», procurará atenderlas en cualquier cosa que les acaeciére»<sup>83</sup>.

En otra carta, hablándole de las dificultades que debía encontrar en su camino, comenta: «Mi buena Madre, hay que pasar por todo eso mirando al cielo, creyendo que todo ese mecanismo humano tiene un motor invisible, y ello es así: en lugar de debilitarse la fe con estas contrariedades, debemos excitarla pensando que el Señor con su providencia sapientísima, pero oculta, impulsando, o permitiendo, o tolerando, lo dirige todo a verdadero provecho»<sup>84</sup>.

Este prudente sacerdote ayudó a la fundadora en la redacción de las Constituciones que pensaba presentar en Roma, y de su cuenta corrió igualmente la impresión y corrección de las pruebas de imprenta, ya que fueron editadas en Barcelona, tanto el texto latino, como el castellano.

En 1907, tras un largo silencio, se reanudó la correspondencia con el P. Simó. En una de las cartas éste le dice: «Debo suponer que, pues ha habido fundaciones, habrá protección del cielo y aumento de vocaciones; porque sin esos dos elementos, no podría ser. Bendito sea Dios que, después de la tribulación, prepara los consuelos con que esforzarnos y reparar el ánimo y las fuerzas. Aunque no siempre es tan cumplida la consolación, que no nos deje algún temor, para conservarnos en humildad»<sup>85</sup>.

M. Teresa del Sagrado Corazón tuvo que sufrir mucho con Monseñor Tovar, su antiguo confesor y luego arzobispo de Lima. Cuando le cuente al P. Simó de sus penas y tribulaciones sobre el particular, nuestro prudente jesuita le dirá: «Todo en su carta me interesa, por ser de Vd., pero nada me satisface

---

82. *Carta del P. Francisco Simó a la M. Teresa del Sagrado Corazón*. Barcelona, 3 de diciembre de 1904.

83. Se refería a las religiosas que había dejado en la ciudad de Barcelona la Superiora general, una de ellas la M. María de la Paz, mientras ella se dirigía a Roma para tramitar los proyectos de fundación.

84. *Archivo Generalicio de Roma, del Instituto reparador*, p.s.

85. *Ibid.*, Carta a la M. Teresa; 17 de septiembre de 1907 (Cf. A.G.R.).



mientras no lea en alguna suya la primera entrevista habida con su prelado diocesano y la esperanza firme de que se disipen sus prevenciones y recelos contra su fundación y contra usted personalmente. Es de esperar que se presente usted con una viva fe en la Providencia de Dios, con una profunda humildad para oír en silencio y mansedumbre lo que se diga y con la fortaleza necesaria para insistir confiada y humildemente y no decaer (sic) por esta contradicción, que promete ser la acometida más recia y quizá la decisiva, porque si ésta sale mal, todo temo»<sup>86</sup>.

Más tarde, cuando el P. Simó se dio cuenta de que nuestra fundadora no era comprendida por su propio prelado y sí perseguida por no se sabe qué extrañas fuerzas humanas, que influían demasiado en el ánimo del señor arzobispo peruano, vuelve a decirle que confíe en el Señor. Porque «es increíble la facilidad con que se acumulan —le escribe— a veces y se combinan las circunstancias y los acontecimientos para dar apariencia de verdad a lo más falso y venir a quedar el inocente señalado con el estigma de gravísima culpabilidad. La experiencia lo ha demostrado muchas veces y yo he visto más de un caso de esta índole que jamás olvidaré»<sup>87</sup>.

A cambio de aquellos servicios, el P. Simó se atrevía a pedir humildemente a las monjas reparadoras «siquiera un avemaría». En cuanto a su Instituto, deducía en buena lógica que el mismo Señor quería servirse de él para sus ocultos planes. «Quien lo apoyó, pues, en sus principios —escribe—, le dará ahora con su bendición y conformación las energías necesarias para desarrollarla y dar mayor extensión al bien que se proponía, tan del agrado de Dios». Y a su Fundadora le reprendía amablemente con las siguientes palabras: «Ahora precisamente, cuando está usted tocando el premio de sus afanes, o al menos el testimonio más firme y elocuente de que su obra es de Dios», no debe inquietarse<sup>88</sup>.

La M. Teresa del Sagrado Corazón gozaba y gustaba comunicarse con sacerdotes que vivieran la reparación. Soñó un día fundar con ellos la obra de *sacerdotes reparadores*, que tuviera idénticos fines e idénticos ideales a los que tenía la congregación femenina.

Uno de estos sacerdotes, además del citado P. Simó, fue un americano, residente en el Colegio Pontificio Pío Latino, de Roma, el cual vivía con un entusiasmo admirable los proyectos, las luchas y las tribulaciones de la M. Castañeda. Compartía con ella por igual las alegrías y las penas. «No sé de dónde han salido los rumores —le escribe en una ocasión— que tanto han im-

---

86. *Ibid.*, Carta del día 6 de octubre de 1905.

87. *Ibid.*, Carta del 8 de enero de 1906.

88. *Ibid.*, Carta del 24 de noviembre de 1909.

presionado su vida y más aún su corazón. Es una trampa del enemigo para hacer sufrir más y más a mi hija, acongojándola, cuando tendría necesidad de alivio y de consuelo»<sup>89</sup>.

Y en otra carta que le escribía por el año 1909 le dice: «No quiero que la última mía le haya dejado con la amargura en el alma; por eso va esta carta. Confíe un poquito más en Jesús, hijita mía tan querida, y deje a Él algunas de sus tantas preocupaciones. Mucho más, que tenemos hasta ahora tantos argumentos de la divina asistencia, de la presencia en esta obra de su voluntad. 'Nolite timere, pusillus grex'. Valor, pequeña grey, que te guía un Pastor que te conoce y te quiere».

Relacionado con este mismo tema que nos ocupa, en el Archivo Generalicio de la Casa de Roma se encuentra un grueso paquete de cartas íntimas que escribió desde la ciudad de Cuenca (Ecuador) un sacerdote, por nombre Abelardo A. Ortega. Datan casi todas ellas del año 1900 al 1909. Es una correspondencia que nos hace recordar la amistad que mantuvieron un Benito con su hermana Escolástica; un Francisco con Clara de Asís; un Francisco de Sales con Juana Francisca Fremiot de Chantall, al margen siempre las comparaciones.

Son dos almas gemelas que respiran ansias infinitas de reparación. M. Teresa quiere tenerle cerca, a ser posible, en la ciudad de Lima; y que sea él, de verdad, «su sacerdote reparador», formando con otros compañeros una asociación semejante al Instituto que ella ha fundado.

Los dos se sienten llamados al sacrificio, a la cruz, a la agonía constante por amor a Jesús Sacramentado. «Estamos en la cruz, ¿no es verdad? —leemos en una de las cartas—. La agonía se prolonga. La amargura se aumenta. La muerte, ¿cuándo vendrá?... Todo es dolor en la vida»<sup>90</sup>.

Y en otra posterior: «Toda la vida es una continua pena, dolores y lágrimas continuadas. ¡Cuánta pena tengo yo de sus sufrimientos. Y cómo quisiera aliviarlos un tanto! ¿Qué hacer?... Dios lo primero. ¡Paciencia!... Dios no quiere lo imposible, aunque sí permite los sufrimientos. A Vd. la ha escogido para una obra de dolor. Bendita sea su misericordia. Nada se hace por el Señor sin peso, medida y número»<sup>91</sup>.

En una tercera carta, tan hermosa como las anteriores, le dirá: «En cuanto a los acontecimientos de Lima contra Vds., me parece que no irán más adelante. Después del invierno, viene el verano. Ahora, acaso, ha entrado en Li-

89. *Ibid.*, Carta de un sacerdote americano a M. Teresa del Sagrado Corazón. Cf. A.G.R., p. s.

90. Cartas a la M. Teresa, de un sacerdote. Año de 1900-1909. Cf. A.G.R., p. s.

91. *Ibid.*, 18 de julio de 1900.

ma el invierno natural... Ya llegará el verano... Que nada hacen los hombres sin que Dios lo permita. Esto, en cuanto al Instituto en general. En cuanto a los miembros de él, hay que estar también en tranquilidad»<sup>92</sup>.

En esta correspondencia encontramos momentos de júbilo y de aliento. Por ejemplo, cuando escribe a M. Teresa por el mes de octubre de 1903 y le dice: «¡Viva Santa Teresa de Jesús!... Y con tan grande santa, la Rda. M. Teresa del Sagrado Corazón, fundadora del Instituto de las Reparadoras, a quien la deseo una prolongada existencia y buena salud».

No se logró fundar en el Ecuador, cual era el deseo de entrambos. Pero solamente por estas cartas, bien valía la pena haber conocido a este sacerdote y que estos dos espíritus excelsos, trataran de comunicarse los más íntimos secretos de su corazón.

Alguien podría preguntarnos por el tenor de las cartas que nuestra M. Castañeda escribía a don Abelardo A. Ortega. Hemos leído algunas de ellas, las que le escribió desde la ciudad de Lima, mientras permaneció en esta ciudad por el tiempo señalado arriba. En todas ellas hay un aliento, camino de santidad, y un deseo abiertamente manifestado a que se haga sacerdote reparador. Se le confía en sus penas y, también, en sus pequeños éxitos. Le cuenta detalles de la Congregación, de las novicias que van a profesar en breve; de cómo son y de cómo se comportan; de lo que espera de las mismas.

Por eso, el celoso sacerdote exclamará un día, ya dentro del año 1909: ¿Cómo olvidar que la misericordia del Corazón Santísimo de Jesús me puso a la sombra de las reparadoras?... ¡Ah! Hay acontecimientos que el tiempo no los borra, sino que de día en día reaparecen más vivos mediante la grata luz de los dulces recuerdos. Los momentos pasados en la humilde, pero devota iglesita de la Reparación, en Lima, son para mi alma como esa impresión agradable que queda en el paladar después de haber gustado un manjar exquisito»<sup>93</sup>.

#### b) *Mis hermanos, los agustinos*

M. Teresa del Sagrado Corazón, con vocación inicial de monja de clausura, clarisa e hija de San Francisco en su primera juventud, no dudó un solo instante en dar a su obra la Regla de San Agustín, una vez que la hubo conocido y saber de las ventajas que ésta le proporcionaba.

Durante muchos años, el Instituto reparador tuvo por capellanes a los agustinos del Perú. El primero de ellos que firma las *Actas de profesión*, es el

92. *Ibid.*, 11 de junio 1900.

93. *Ibid.*, 12 de septiembre de 1909.

P. Senén Fernández, capellán del convento de San Pedro Nolasco desde el año 1914. Después, lo será el P. José Robla, y junto con él, el P. Domingo Cuadrado.

Más tarde, encontramos en las mismas *Actas* nombres de religiosos pertenecientes a otras Órdenes o Congregaciones religiosas, como, por ejemplo, carmelitas y jesuitas. Ignoramos el cómo y el por qué se rompieron estas buenas relaciones entre los agustinos y las religiosas reparadoras. Sospechamos que la escasez de personal fuera la causa principal del abandono de tan grata capellanía. Lo que sí podemos afirmar es que San Agustín y su Regla estuvieron siempre presentes y vivos en el Instituto reparador. Es más; los deseos de la M. Fundadora de unirse de manera definitiva fueron hechos realidad durante el generalato del P. Eustasio Esteban, agustino perteneciente a la provincia del Stmo. Nombre de Jesús de Filipinas, y al que conocía desde los días en que la obediencia envió a aquél al Perú para restaurar la obra misionera y docente que la Orden había comenzado en los lejanos días del siglo XVI<sup>94</sup>.

Con seguridad que trataron largamente el asunto. El texto lo da a entender claramente, cuando dice: «después de largos años de súplicas al Señor y de tomar muchas cosas en consideración, hemos llegado, al fin, queridas hijas mías, a obtener del Dios de toda bondad el dar a nuestra Congregación una orientación más segura en este nuestro peregrinar en la vida»<sup>95</sup>.

El texto está escrito en forma de carta que dirige la Superiora general a todas sus religiosas. Está fechado el día 31 de agosto de 1931. Lo escribió y envió desde la Casa generalicia, de Vía Tagliamento<sup>96</sup>. M. Teresa reconoce que la Orden de San Agustín se ha manifestado siempre con una exquisita benevolencia para con las religiosas reparadoras, atendiéndolas con su ministerio sacerdotal siempre que se lo pidieron, ya en la ciudad de Lima, ya en la de Ayacucho, y más tarde en Roma. Todo ello con un celo tan generoso y tan desprendido, que había intensificado la gratitud de las mismas; hasta el punto de inclinar a M. General y a su Consejo a abrazar la Regla de San Agustín, que ya conocían, de un modo definitivo afiliándose a la Orden y participar, de este modo, de sus privilegios espirituales.

M. Teresa piensa que, al lado de estos «campeones» de la fe —así los lla-

---

94. El P. Eustasio Esteban, después de haber ocupado el cargo de General de la orden y de haber vivido muchos años en Roma, quiso volver al Perú, donde murió cargado de méritos y virtudes, el día 26 de abril del año 1945.

95. *Carta de la M. Teresa del Sagrado Corazón*, comunicando la agregación del Instituto reparador a la Orden de San Agustín. Roma, 31 de agosto de 1931.

96. Cuando decimos «Casa Generalicia», es a conciencia de que nuestros lectores saben que nos referimos a la que lo es de verdad y para todos sus efectos desde el último Capítulo General, toda vez que anteriormente estuvo radicada en Lima.

ma literalmente— y con el espíritu del gran obispo de Hipona, podrán seguir adelante desarrollando sus obras de reparación y apostolado.

Después de esta primera parte exhortativa, sigue una segunda más legal y más para la historia. Siempre en estilo epistolar, la Superiora general comunica a todas sus hijas que, para ingresar de un modo canónico en la gran familia agustiniana, el P. General, Rdm. P. Eustasio Esteban, se había dignado otorgar al Instituto reparador el correspondiente *Diploma de Agregación*, con fecha 24 de agosto del citado 1931.

Sobre esta agregación a la Orden de San Agustín, siempre es consolador oír hablar bien de las personas. Decimos esto porque, leyendo la correspondencia particular y secreta de la M. Teresa del Sagrado Corazón, nos encontramos con que, ya en la fecha temprana de 1905, cuando las reparadoras trataron de entrevistarse con el señor arzobispo que se encontraba en Chosica, éste no las quiso recibir. Y fue entonces cuando los agustinos, «en cuya casa estaba alojado el prelado —leemos textual—, testigos de esta destemplanza, trataron con gran caridad de suavizar para nosotras la profunda pena de vernos rechazadas tan inconsiderablemente por el pastor de la diócesis». Una prueba muy amarga para las religiosas y una prueba de gran caridad agustiniana por parte de los que iban a ser un día sus hermanos.

Observamos, igualmente, leyendo las crónicas del Instituto, que los agustinos estuvieron presentes más en la capilla de Jesús Reparador de Lima, predicando la palabra, que metidos a resolver pleitos monjiles.

El P. Senén Fernández, como capellán y director espiritual, no tenía precio. Después de una de estas ceremonias de profesiones, la M. Teresa escribe: «el P. Senén Fernández tuvo ésta y predicó un soberbio sermón sobre la grandeza de la vida religiosa. Verdaderamente, estuvo inspirado. Quiera Dios que doctrina tan luminosa y tan sólidos argumentos produzcan efectos saludables en las almas».

Por el año 1919, vemos actuando de capellán en el mismo convento de Jesús Reparador de Lima al P. José Robla. En este año, Perú vivía unos días de zozobra e inquietud. Se organizaron mítines y marchas de mujeres recorriendo las calles de Lima, enarbolando banderas rojas y gritando a voces un paro general para conseguir el abaratamiento de la vida. En la calle mandaba la chusma enloquecida y se producía un desorden impresionante, sin que las fuerzas de seguridad pudieran atajarlo. El P. Robla veló y cuidó a sus religiosas. Se quedó a dormir en el colegio que, como medida provisional, había sido cerrado, al igual que los demás centros docentes de la ciudad.

Este buen religioso agustino, aún declarada más tarde la ley marcial, no dejó de acudir a decir misa a sus monjas reparadoras, las cuales, bastante asustadas, pedían por el restablecimiento del orden y porque no le pasara nada a su valiente y abnegado capellán.

Para los días solemnes y de gala, para las grandes festividades, las reparadoras de Lima solían llamar al P. Tomás Alejandro. Se cuenta que uno de los sermones que más llamaron la atención fue el predicado en la festividad de la Asunción el año 1916, ante un auditorio que llenaba materialmente la antigua iglesia de San Pedro Nolasco.

Por lo que se refiere a los servicios prestados a estas religiosas por los agustinos en Roma, tenemos noticia de que, instaladas en San Egidio el año 1924, se sentían protegidas y hasta felices porque «tenían muy cerca el Colegio Internacional de Santa Mónica y la Curia generalicia de la Orden de San Agustín». De hecho, fue un agustino de Santa Mónica el que las atendió con una solicitud que habían echado en falta anteriormente.

Hasta que el año de 1925 salió elegido prior general el citado y benemérito P. Eustasio Esteban. M. Teresa se apresuró a felicitarle cordialmente. No descuidó entonces en hacerle presente su gozo acercándose hasta la Curia agustiniana y ofrecerle las oraciones de toda su comunidad. Al mismo tiempo, aprovechó esta oportunidad para pedirle un religioso que se encargara de impartir la bendición con el Santísimo todas las tardes en la iglesia de San Egidio, a dos pasos de la misma Curia.

A partir de este momento, los «agustinianos» —como ella solía llamarlos— de Santa Mónica serán los encargados de atender cumplidamente esta necesidad de culto reparador y eucarístico. Y cuando el que solía hacerlo habitualmente tenga que dejarlo en el mes de septiembre del año 1929, se despedirá amablemente con la promesa de que otro le sustituirá con creces.

En este mismo año de 1929 aparece en la pequeña historia del Instituto reparador la figura excelsa y venerable del P. Santiago García, como confesor ordinario de la comunidad de Roma <sup>97</sup>. La Superiora general le cita con encomio repetidamente en su *Diario*. De modo especial, aquel día 20 de noviembre en que, después de atender a las religiosas en el confesonario, fue a visitar a la postulante María de la Cruz Gadea, a una clínica donde se encontraba gravemente enferma.

Hay un momento en la vida de M. Teresa del Sagrado Corazón en que se siente cansada y enferma. Es entonces cuando vuelve los ojos a los agustinos,

---

97. El P. Santiago García es figura venerable y querida dentro y fuera de la Orden Agustiniiana. Había nacido en la villa de Riaza (Segovia), profesando en Valladolid el año 1893. Aquí en Valladolid se ordenó de sacerdote. Enviado a Roma para ampliar estudios, se graduó de doctor. Regresó a España, siendo regente de estudios en La Vid. Después de ocupar distintos cargos en la Provincia de Filipinas, fue electo Asistente general el año 1920, permaneciendo desde entonces hasta su muerte en la Ciudad Eterna. Fue durante muchos años Procurador general y, asimismo, Comisario general de toda la Orden. Fue, igualmente, consultor de varias Congregaciones Romanas, confesor del Colegio Español y de un sinnúmero de religiosas residentes en Roma. Era un hombre sumamente laborioso y afable con cuantos le rodeaban. Murió en Roma el día 4 de agosto de 1959.

cuyo P. General la conocía bien, y decide romper con otros lazos que le tiraban fuertemente.

Con estos pensamientos, mandó llamar al citado P. Santiago García y le propuso la afiliación de su Instituto a la Orden primera de San Agustín. El sabio y prudente agustino no lo veía difícil, pero sugirió que tanto la superiora general como sus religiosas debían conocer más a fondo la Orden en la que deseaban ingresar. Le orientó sobre la misma, las distintas ramas de que constaba y cómo las religiosas que no fueran de clausura podían seguir sus constituciones propias.

Es precisamente lo que deseaba saber M. Teresa. El P. Eustasio se presentó enseguida en Via Tagliamento. Abordó la cuestión de frente y sacó la conclusión de que, para conseguir la unión proyectada, no había más que ajustar algunos puntos de las Constituciones por las que ellas se regían, puesto que la Regla de San Agustín la aceptaban plenamente y ya era conocida de todas.

Ocurría esto el día 7 de junio del año 1931. El 16 de agosto del mismo año, la Superiora general celebró una nueva entrevista con el P. Eustasio. Había leído y meditado seriamente la Regla, las Constituciones y el Ceremonial de la Orden de San Agustín. El P. Eustasio le pidió en esta ocasión el *Rescripto Apostólico* de aprobación de su Instituto y le aconsejó que, al tiempo de hacer la solicitud de agregación, no olvidara mencionar que Santa Margarita María de Alacoque y la Beata Juliana de Cornelió, dos almas contemplativas y reparadoras, amantes de la Sagrada Eucaristía, habían sido también agustinas.

Por fin, el 26 de aquel mismo mes y año —como queda indicado arriba— de 1931, el P. Monti, secretario del P. General, se acercó jubiloso a Via Tagliamento con el *Diploma de Agregación* y un folleto conteniendo las indulgencias de que disfrutaba la Orden, y de las que en adelante podían disfrutar las religiosas reparadoras.

M. Teresa escribirá en esta ocasión: «Hoy, día 27 de agosto inauguramos nuestra vida agustiniana, ayunando y guardando abstinencia en honor de San Agustín, cuya fiesta se celebra mañana. M. Consolación se informa directamente de los agustinos dónde se compran las correas. Quieren tenerlas listas para el domingo, día 30, en que coinciden la festividad de Ntra. Sra. de la Consolación, titular de los agustinos, con la de Santa Rosa de Lima. El P. Eustasio nos ha prometido venir por la tarde para la imposición de las correas».

Cuando todo haya transcurrido, tomará de nuevo la pluma y escribirá: «Ahora cerraré los ojos con más tranquilidad, pues mis hijas tendrán a quien recurrir en momentos difíciles en busca de luz o de consejo»<sup>98</sup>.

98. *Diario íntimo*. Año de 1931, día 30 de agosto.

c) *Muerte de la Madre fundadora*

Residente en Roma, después de más de veinte travesías por tierra y por mar, con ansias infinitas de marchar definitivamente al Padre, M. Teresa del Sagrado Corazón vuelve a tomar la pluma y con mano temblorosa, pero con mente lúcida, escribe para sus hijas, «entrañablemente amadas en el Corazón Sacratísimo de Jesús», sus últimos consejos y últimas disposiciones, que ella misma consideró como su «testamento espiritual»<sup>99</sup>.

«Queridas hijas mías —les dice—, quiero dejaros un testimonio del amor con que aún desde la eternidad os miraré. Dios, en su infinita sabiduría que confunde nuestro humano pensar, se dignó escoger el más vil instrumento para poner la primera piedra de este Instituto de la Reparación al Corazón Sacratísimo de Jesús. ¡Cuán grande es el Señor! Adoremos sus designios».

Y más adelante añade: «Así, pues, queridas hijas mías, reconociendo mis grandes defectos, confesando ante cada una de vosotras, pido primeramente perdón a Dios y después a vosotras todas, implorando vuestra compasión para salir cuanto antes de las llamas purificadoras del purgatorio, adonde por la misericordia de Dios espero ir, para después, por los méritos de mi Señor Jesucristo, entrar en la celestial Sión a cantar las alabanzas del Dios Uno y Trino».

Y termina su largo escrito aconsejando que aprecien en lo que vale el estado religioso. «Que el espíritu de reparación —dice— informe todos vuestros actos, queridas hijas mías».

«En vuestras oraciones no me echéis en olvido, y tened presente este mi deseo y, hasta cierto punto, permitídmelo deciroslo, este mi mandato».

«Que Dios las bendiga y las multiplique, hijas mías muy amadas; y que por los lazos que ligan a la Iglesia militante, triunfante y purgante vivamos estrechamente unidas todas las reparadoras, las que militan en este mundo visible y las que purgan y gozan en el mundo invisible, cantando todas en armónico consorcio: *Gloria in excelsis Deo!*»<sup>100</sup>.

De cómo pensaban las religiosas sobre este documento, nos lo dice por todas ellas M. María de la Paz, la cual, siendo ya superiora general y dignísima sucesora de la M. Teresa del Sagrado Corazón, con fecha 15 de junio de 1950, escribía desde Burgos una carta a su Vicaría en el Perú, M. María del

99. Nunca agradeceré lo bastante a las religiosas reparadoras de Burgos, que fueron las que pusieron en mis manos tan hermoso documento.

100. Este *Testamento espiritual* de la venerable fundadora, repartido en múltiples copias a raíz de su muerte por todas las casas de la Congregación, se conserva en su original en el Archivo Generalicio de Roma.



Consuelo, en la que entre otras cosas le decía: «Verdaderamente que el testamento espiritual de nuestra venerable Madre es capaz de conmover el corazón más endurecido. También en estas casas haremos como usted: leerlo, leerlo todos los primeros sábados en comunidad para que se nos grave bien. El original se lo devolví por correo certificado, después de copiarlo. Espero lo habrá recibido»<sup>101</sup>.

Esta hija fiel de la Iglesia, que había dicho al Papa Pío XII «somos y nos reconocemos como las más insignificantes y débiles plantitas del jardín de la Iglesia»<sup>102</sup>; y al augusto pontífice, el 18 de noviembre de 1939, que, en un momento en que sólo podía ofrecerle sus dolores físicos y morales, «como una niña en brazos de su madre, como una hija rendida a sus pies», se atrevía a depositar en su gran corazón los sentimientos de filial adhesión «que desbordan del mío y las grandes amarguras que lo ahogan...», terminaba su peregrinar en la tierra. Ella se resistía a la inactividad. Las cartas que escribe por el año 1947, todavía demuestran que su alma vivía ardientemente anhelos de santidad y días de gloria para la Congregación.

Pasaban de cincuenta años los que había llevado el timón de quella navecilla. Su pulso temblaba. Sus pies se negaban a andar. Sus ojos, aquellos ojos maravillosos y aquellas manos de ángel que juntos habían labrado ricos bordados, estaban cansados. Había sufrido mucho y tenido que soportar muchas pruebas.

En los últimos años de su vida había cambiado mucho. Siempre había buscado la gloria de Dios; pero ahora gustaba saber cómo pensaban los demás. Gustaba oír sus opiniones sobre la marcha del Instituto. Todo lo veía en Dios, como venido de Dios, ordenado a Dios y enderezado a su mayor gloria.

El Señor le había pedido, a lo largo de su existencia, junto a una gran acción, una pasión. Y esto, a imitación de la suya en la que primeramente trabajó y después sufrió, para terminar muriendo en una cruz. M. Teresa del Sagrado Corazón lo aceptó todo gustosamente porque sabía que todo ello la unía mucho más al Corazón de Jesús.

Su muerte ejemplar, de verdadera sierva de Dios, ocurrió el día 12 de febrero del año 1950. Este día tocó el techo más alto de la trayectoria ascensional hacia Dios. M. Teresa, fundadora de las Reparadoras del Sagrado Corazón, se murió en el Señor.

Había buscado, en su largo peregrinar por el mundo, la perfección de su alma, el desagravio amoroso al Sagrado Corazón y el desarrollo del Instituto

---

101. *Carta de la M. María de la Paz a la M. María del Consuelo*, 16 de junio de 1950, cf. A.G.R.

102. *Registro de Correspondencia oficial y diversa*, núm. 1, f. 70.

por ella fundado. Tres objetivos que estuvieron siempre presentes en su vida y que fueron gloriosamente alcanzados.

Y en un amanecer luminoso, en la fiesta del Señor, domingo día 12 de febrero, lentamente, sin el menor movimiento, sin contracción alguna extraña, sin ni siquiera abrir los ojos, pues los tenía cerrados desde la noche anterior, dejó de existir.

M. Teresa del Sagrado Corazón fue llorada, rezada y bien acompañada. Hacia las siete de la mañana, el P. Luis Aguatías se llegó al convento —le había atendido en sus últimos días— y, después de rezar un responso ante el cadáver de la venerable madre, prometió volver si se le permitieran sus ocupaciones y reunir a la comunidad para leer delante de las hermanas unos escritos que le había dejado en sobre cerrado, con el encargo de que se abriera y leyera su contenido ante su propio cadáver. Lo que se hizo a las dos de la tarde de aquel mismo día.

Uno de los primeros altos personajes que se acercaron a rezar ante nuestra insigne fundadora fue el cardenal Tedeschini, Nuncio que había sido en España y a la sazón cardenal protector del Instituto reparador.

M. Teresa, menudita, con semblante sereno, de paz completa, y con un aire de majestuosa dignidad, desde su caja de zinc, forrada en raso azul, metida en hábitos negros, el crucifijo y rosario entre las manos, parecía decir a todos cuantos la visitaban: «Ahora sí que puedo estar contenta de verdad. He triunfado de todo y ya poseo plenamente al que tanto ha amado mi corazón».

A su debido tiempo, soldaron la caja de zinc y la colocaron dentro de otra de madera. Todavía podían verla sus hijas. Todavía podían contemplarla, ver su cara tersa, como de cera, a través del cristal. Pero más tarde, también ésta se les ocultó por la tapa grande que cubrió la caja entera.

El funeral solemne tuvo lugar el día 14. A las diez de la mañana, la capilla de Vía Tagliamento se encontraba a rebosar. En lugares reservados y de honor se colocaron los señores embajadores del Perú, el P. Augusto M.<sup>a</sup> Anzuini, Mons. Viti, religiosos de varias congregaciones y varios sacerdotes del clero secular.

Poco después, llegó el citado cardenal Tedeschini, el cual se colocó en un lugar de presidencia y como representante del Vaticano. La santa Misa comenzó. El P. Luis Aguatías, mercedario, capellán de la casa, asistido por el franciscano P. Luis de Anderas y por el P. García, del colegio Pío Latinoamericano, ofició de principal celebrante. Terminada la Misa y cantado el responso ritual, el cardenal Protector se acercó a la Superiora y a la comunidad reparadora, expresando a todas su cariñosa condolencia. Saludó luego a los señores embajadores y se marchó.

Madre María de la Paz, que ya sabía iba a ser ella la sucesora de la M. Te-

resa, por el escrito a que antes hemos hecho mención, acompañada de otras hermanas, siguió a nuestra Venerable en el coche que le prestaron unos amigos hasta el cementerio «Campo Verano».

Allí quedaron sus restos. De vuelta a casa, las hermanas lloraron la ausencia de la madre buena y solícita. La religiosa que escribe todos estos datos apunta que su pensamiento y corazón volaron al Perú y a España, al lado de las hermanas reparadoras. Les consolaba la expresión que uno de aquellos personajes les había dicho al tiempo de darles el pésame: «La muerte, el mejor momento de una vida».

Nuestro trabajo toca a su fin. Cuando murió M. Teresa, sus hijas le hicieron un recordatorio en el que estamparon su fotografía. Aparece muy mayor; pero su cara, metida en tocas blancas, está como iluminada; y sus ojos, que ya se habían apagado para este mundo, miraban fijamente al cielo, donde ella, desde hacía mucho tiempo, anhelaba vivir para siempre. La leyenda, justa y apropiada sonaba así:

«Todos sus parientes y sus hijas con  
afecto filial la recuerdan a los que tuvieron  
la dicha de apreciar sus virtudes.

Alma justa y generosa, conoció el deseo  
más vivo del Corazón de Dios: meditando sobre  
sus maravillas, ensanchó la ofrenda de su corazón  
en las almas de tantas hijas llamadas a  
renovar y perpetuar en el tiempo su misión de  
reparación, adoración y apostolado.

La oración de cuantos de ella tomaron  
ejemplo, luz y amor de madre, invoca del Señor  
misericordia y redención copiosa».